

82441 13 lu. 8/64

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA CAJERNA

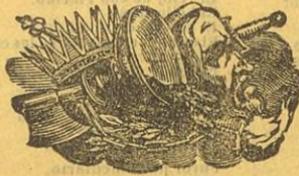
EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL ARTE DE SER FELIZ,

CONEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18,

1865.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antaño.
Abelardo y Eloísa.
Abnegación y nobleza.
Ángela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar después de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama herbóico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenco.
Barométrico conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Cómo dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empuñe un marido!
Con razón y sin razón.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catalina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
Es un ángel.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El peso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y márlir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El hello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarite español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia
¡El autor! ¡El autor!
El literato por fuerza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspár, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchón.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huespedes.
Los extasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Ternel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.

La Creación y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidés.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las hermanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.

La union en África.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría).
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuna.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.

Llueven hijos.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

625-417

7

EL ARTE DE SER FELIZ.

EL ARTE DE SER BUENO

24-9

EL ARTE DE SER FELIZ,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representada por primera vez en el teatro del Circo el día 10 de Noviembre
de 1863.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1863.

PERSONAS.

ACTORES.

ELVIRA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
LAURA.....	DOÑA BALBINA VALVERDE.
MARIA.....	DOÑA LUISA COLL.
FERNANDO.....	D. MANUEL OSSORIO.
DON MANUEL.....	D. JOSÉ MIGUEL.
DON ESTEBAN.....	D. JUAN LOPEZ BENETTI.
WENCESLAO.....	D. RAMON MARISCAL.
LUIS.....	D. IGNACIO JERDAD.
UN CRIADO.....	D. N. DIAZ.

Representada por primera vez en el teatro del Circo el día 10 de Noviembre
1863

La accion pasa en Madrid: 1863.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR DON DIEGO DE CISNEROS,

COMO PRUEBA DE SINCERA AMISTAD,

Emilio Mozo de Rosales.

LIBRO DE CUENTA

AL SEÑOR DON DIEGO DE CISNEROS

COMO PROVEDOR DE SIENNES ANISTAD.

1581

En este libro se contiene

la cuenta de lo que se dio y cobró en el dicho oficio de provedor de siennes anistad en el dicho año de mil e quinientos e ochenta e uno.

ACTO PRIMERO.

Decoracion cerrada, cuatro puertas laterales y una al fondo.—Á la derecha y en primer término un velador, á la izquierda un sofá. Al levantarse el telon, Fernando en bata aparece recostado sobre el sofá y leyendo: despues de un momento de silencio, cierra el libro con disgusto y empieza á pasearse.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, despues ELVIRA.

- FERN. Imposible estudiar cuando el hastio nos consume.—¡Estudiar! ¿para qué? Nunca he de adquirir un nombre en el foro.
- ELVIRA. Fernando.
- FERN. ¡Ah! Elvira...
- ELVIRA. ¿Qué haces?
- FERN. Me aburro.
- ELVIRA. Siempre.
- FERN. Siempre.
- ELVIRA. ¿Y puede saberse lo que te entristece hoy?
- FERN. Lo mismo que me entristecia ayer, lo que me entristecerá mañana... esta quietud, este aislamiento, esta falta de posicion.
- ELVIRA. Y eso dice un abogado...
- FERN. ¿Y qué importa que lo sea, si no tengo pleitos?
- ELVIRA. Ya serás conocido.

- FERN. Ilusiones.
- ELVIRA. Sea; pero ¿por qué afligirse cuando acabas de heredar doce mil duros?
- FERN. ¿Y qué son doce mil duros? ¿Qué negocios de importancia pueden hacerse con esa cantidad? ¿Qué capitalista entendido querrá asociarse á mí?—Ademas, no puedo exponer tu porvenir, seria una locura... No, no; mi suerte es abominable, tengo que sufrir y vegetar.
- ELVIRA. ¡Vegetar, vegetar! siempre estás con esa palabra en la boca. Á tu edad el porvenir es siempre risueño, tras una nube oscura aparece un cielo magnífico; tras un momento de lucha y de pesar, una era de paz y de ventura.
- FERN. Eso creía yo... hace algunos años... cuando desconocía aun la realidad de la vida.
- ELVIRA. Qué descontentadizo eres. Mira, yo conozco una infinidad de familias que no tienen ni la tercera parte de nuestra fortuna, y sin embargo, no se quejan como tú.
- FERN. No lo dudo; pero yo comparo mi suerte á la de mis conocidos, á la de mis amigos, y...
- ELVIRA. Y son mas felices.
- FERN. Mucho mas.
- ELVIRA. ¡Qué injusticia!
- FERN. Desde luego... mira Eduardo, ya tiene un destino de tres mil duros.
- ELVIRA. Bien, pues cuando suba tu partido...
- FERN. Si es Cárlos, se ha casado con una mujer riquísima.
- ELVIRA. ¡Es tan fea!
- FERN. Luis... ¡Oh! Luis no se diga, antes de un mes tendrá una cartera.
- ELVIRA. Qué cosecha de disgustos le aguarda.
- FERN. Si lo tomas todo de ese modo...
- ELVIRA. ¿Y por qué no?... esto tiene la ventaja de consolarme.
- FERN. ¡Qué feliz eres!... yo no soy así... no puedo serlo... mi cabeza arde, estoy febril.—¡Esta soledad!—No recibimos á nadie.—Solo vamos á paseo los dias de fiesta como los comerciantes de quinto orden, y por conclusion, mi primo Luis viene aquí á todas horas para jugar conmigo al ajedrez, que es una de las cosas mas insostenibles que conozco.
- ELVIRA. ¡Pobre Luis! si te oyera... Él que solo trata de distraerte...

FERN. Muchas gracias. Afortunadamente, no soy celoso, porque de lo contrario, sus reiteradas visitas...

ELVIRA. ¡Estás en tu juicio!

FERN. ¡Oh! no he querido ofenderte... solo que hay momentos en que todo me incomoda.

ELVIRA. ¿Todo, Fernando?

FERN. Tú... nunca, Elvira mía, y si me aflijo es porque no puedo satisfacer tus caprichos.

ELVIRA. Olvidas que no tengo ninguno...

FERN. Te resignas...

ELVIRA. Soy la mas dichosa de las mujeres, porque estoy casi segura de que esas personas que creemos tan felices tienen mayor número de decepciones que nosotros...

FERN. Respeto esa quimera...

ELVIRA. Y yo compadezco tu carácter.

ESCENA II.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Adios, Elvira... Fernando...

FERN. (El primito.)

ELVIRA. Me alegro que vengas.—Tu primo está incorregible.

FERN. Elvira!

ELVIRA. Quiero decirlo... quiero denunciar tus faltas; pero no, no, al contrario, deseo que compadezcan al mas infornado de los hombres... Mira qué cara, Luis, mira eso.

FERN. Te suplico...

ELVIRA. Pronto abandonaremos la córte para encerrarnos en un triste y misterioso asilo de la Tebaida... allí no tendremos envidia de nadie, no nos affigirá el lujo de nuestros vecinos... como solo veremos pájaros y ardillas...

FERN. ¡Oh! esto es demasiado...

ELVIRA. Lo ves, lo ves... está en uno de sus dias nefastos... ¡horripila!

LUIS. ¡Es posible, hombre!

FERN. Solo falta que tú tambien...

ELVIRA. Me voy, he perdido la brújula, consuélale tú... juega con él al ajedrez.

FERN. (Me entrega al ajedrez.) No, espera...

ELVIRA. Temo el contagio... las monomanias son peligrosas. Adios, adios.

ESENA III.

LUIS, FERNANDO.

- LUIS. Conque...
- FERN. No tengo gana de jugar... muchas gracias.
- LUIS. ¿Y quién te habla de eso?
- FERN. ¡Ah! (Respiro.)
- LUIS. Estoy casi tan aburrido como tú...
- FERN. Me alegre.
- LUIS. ¡Eh!
- FERN. No, he querido decir... ¿qué te sucede?
- LUIS. He perdido completamente la esperanza.
- FERN. Pues estás fresco. ¿Y por qué?
- LUIS. Es toda una historia.
- FERN. Lo creo, pues no tienes motivo alguno de estar triste. Eres jóven, rico... soltero, cuentas entre tus parientes un ingeniero de verdadero mérito, que te ofrece negocios magníficos. —¡Ah! si fuera yo, yo si que tengo motivos de afligirme.
- LUIS. Todos dicen eso.
- FERN. Si, algunos locos.
- LUIS. Con una mujer tan adorable como la tuya.
- FERN. (De mal humor.) Ya sé cómo es mi mujer.
- LUIS. En cuanto á tu porvenir...
- FERN. Resbala sobre él...
- LUIS. Convendrás, sin embargo, en que has entrado en ese período de la vida en que el corazon olvida sus antiguas luchas, y se entrega á una paz dulce y consoladora.
- FERN. Lo que es el corazon si; pero la cabeza...
- LUIS. ¡Ojalá pudiera yo decir otro tanto!
- FERN. ¡Cómo! abrigas alguna pasion?
- LUIS. ¡Ay!
- FERN. ¡Ya! (¿Á quién amaré este muchacho?) ¿Y cómo no me has contado antes?...
- LUIS. Hace tan poco tiempo que estoy en Madrid... luego tienes un carácter...
- FERN. Si, un carácter... las aventuras tristes me di vierten poco.
- LUIS. La mia es desconsoladora.

- GERN. Entonces no me la cuentas.
LUIS. Seré breve.
FERN. Gracias, gracias.
LUIS. Hace unos cuantos años...
FERN. Suprime el prólogo.

ESCENA IV.

DICHOS, ELVIRA.

- ELVIRA. Vengo á darte una noticia.
FERN. ¡Ah! (Á Luis.) Suspende tu aventura.
ELVIRA. Laura me ha escrito, ayer llegó de Biarritz con su marido.
FERN. Don Esteban, si, el tutor de tu prima Maria de Camphaya.
LUIS. ¡Cielos! ¿Maria de... es prima tuya?
ELVIRA. Si.
FERN. Es educanda de uno de los mejores colegios de Madrid.
LUIS. (Y yo que creía...)
FERN. Su tutor es un verdadero Navá.—Hizo su fortuna en las grandes Antillas, volvió á España, y se casó con una mujer jóven aun, y dotada de un talento raro. ¡Ay! ¡Amigo mio! Don Esteban si que es el tipo perfecto del hombre feliz. El mundo financiero se inclina ante su firma. No hay deseo que no realice ni negocio importante que no le ofrezca sus primicias.
ELVIRA. Es lástima que no pueda comprar un poco de juventud.
FERN. El dinero es un verdadero elixir de larga vida.
ELVIRA. Pues dicen que sufre mucho.
FERN. ¡Sufrir! con aquella cara...
ELVIRA. No me negareis al menos que su mujer... es... es...
FERN. Muy linda.
ELVIRA. No, un poco así...
FERN. Calumnias. Toda mujer á la moda es víctima de los envidiosos. ¿No es cierto, Luis?
LUIS. ¡Quién lo duda!
ELVIRA. Vea usted lo que es no entender las cosas. No quisiera por nada en el mundo que dijeran de mí...
FERN. Tú no quieres nada; pero yo... lo que es yo, daría veinte años de mi vida, por ser siquiera seis meses

- otro don Esteban Almazan.
- ELVIRA. ¡Es posible!
- FERN. No me retracto.
- ELVIRA. (¡Oh! qué idea, si yo pudiera hacerle ver...)
- FERN. Voy á cambiar de traje para recibir á esas señoras.
¿Tú te quedas? (Á Luis.)
- LUIS. Sí.
- FERN. (Marchándose de mal humor.) (¡Se queda!)

ESCENA V.

LUIS, ELVIRA.

- LUIS. Elvira.
- ELVIRA. ¿Qué tienes, Luis? estás demudado.
- LUIS. Acabas de hacerme el mas dichoso de los hombres.
- ELVIRA. No te comprendo.
- LUIS. Conque Maria es tu prima... conque voy á verla. ¡Oh!
por qué no me has hablado antes de ella!
- ELVIRA. Ten la bondad de explicarte, porque hasta ahora...
- LUIS. Hace ocho años que la conocí en casa de mi madre.
- ELVIRA. ¡Ah! y desde entonces...
- LUIS. La amo con locura; era una niña encantadora con sus
cabellos rizados, con su sonrisa de ángel.
- ELVIRA. Recuerdo todo eso.
- LUIS. Era un ángel, dime que era un ángel.
- ELVIRA. Bien, hombre, sigue.
- LUIS. Aquella dicha de los primeros años desapareció tan
pronto como esas sombras que corren sobre la super-
ficie de las aguas. Nos separamos, fui á estudiar, pasó
el tiempo, terminé mi carrera, viajé por la Penínsu-
la... pero no la olvidé nunca. Un dia la encontré en
Cádiz, el padre de Maria me reconoció.—Por desgra-
cia mi alegría duró muy pocos momentos, pues supe
que al dia siguiente debian embarcarse para la Haba-
na. Maria y yo nos juramos un amor eterno, partió el
buque, ví agitarse un pañuelo entre las brumas del
mar... despues me quedé solo en el puerto, solo con
su recuerdo y mi dolor.
- ELVIRA. ¡Pobres muchachos!
- LUIS. Si vieras lo que he sufrido.

ELVIRA. Pues bien, el padre de Maria murió en las Antillas, dejando á aquella confiada á su antiguo amigo don Esteban Almazan, el cual la trajo á España y la hizo entrar en un colegio en donde permanecerá hasta que se encuentre un partido ventajoso para ella.

LUIS. ¡Conque piensan casarla!

ELVIRA. Quién lo duda...

LUIS. ¡Oh! dime el nombre de...

ELVIRA. Nada hay resuelto aun.

LUIS. Entonces, te consultarán...

ELVIRA. Así lo espero.

LUIS. Entonces...

ELVIRA. Calla, creo oír...

LUIS. Será Maria... ¡Cielos! por fin voy á verla.

ELVIRA. Que la mujer de su tutor no conozca nada. ¡Desconfía de ella!

ESCENA VI.

LUIS, ELVIRA, MARIA, LAURA.

ELVIRA. Señora... (Á Laura.) Maria... ¡Cómo estás?—¡Cada dia mas bella!

MARIA. Yo... ¡Ah! (Luis!)

LUIS. Por fin...

ELVIRA. (Á los dos.) Prudencia.

LAURA. Vengo rendida.—Esteban se empeña en comprar caballos andaluces para tiro, y no sirven, no sirven. Los normandos son mucho mejores. ¿No está usted por los normandos, caballero?

LUIS. Si...

LAURA. ¿Y usted? (Á Elvira.)

ELVIRA. Confieso que soy poco inteligente.

LAURA. Pues yo sí, hija mia. Distingo tan bien un Poneys de un Tarvés, como un percheron de una jaca de dos cuerpos. Deliro por la equitacion. Usted no?

ELVIRA. Creo que hago bastante ejercicio con subir las escaleras de mi casa.

LAURA. ¡Es tercero!

ELVIRA. Si señora.—Conque qué me cuentas, Maria, ¿estás bien en tu colegio?

MARIA. Perfectamente. (Ap.) ¡Cómo está aquí Luis? (Alto.) Vas

á verme tan pocas veces... (Ap.) Te ha hablado de mí? (Alto.) Tenia tantas cosas que decirte. (Ap.) Ha venido de fuera. (Alto.) En fin, Laura ha tenido la bondad de sacarme un par de dias, y ya ves, he volado á tu casa.

ELVIRA. Pobre Maria, qué bien haces en reñirme, he sido muy culpable contigo.

MARIA. Muy culpable.

LAURA. Ese ascetismo doméstico es exagerado en estos tiempos...

ELVIRA. Señora...

LAURA. No admito la clausura.

ELVIRA. Mi posicion no me permite frecuentar el gran mundo... y vivo en mi retiro sin acordarme de los bailes y de las reuniones.

LAURA. ¡Qué sacrificio!

ELVIRA. Aseguro á usted que soy muy dichosa.

LAURA. ¡Y en qué puede emplearse el dia!

ELVIRA. Hay tantas cosas que hacer en una casa; pero usted que vive en la opulencia no puede comprender...

LAURA. Yo adoro los viajes, el movimiento. En Biarritz me he divertido mucho.—¿Ha estado usted en Biarritz, caballero?

LUIS. No, señora.

LAURA. ¡Es lástima! (Ap. á Elvira.) ¿Quién es este jóven?

LUIS. (Mirando á Maria.) Si yo pudiera hablar con ella.

LAURA. (Ap. á Elvira.) ¿Primero?... tiene buen aire. (Alto.) Pues sí, Biarritz, delicioso, delicioso.—¿Conoce uno allí á tantos pesonajes!—Aquel príncipe Barcoquiski! Un polaco que estornuda mucho, pero que baila, que baila... ¡Oh! Estaban no lo podía suportar, ya se vé, como se ha vuelto tan... Afortunadamente Wenceslao estaba con nosotros.

ELVIRA. Algun criado antiguo.

LAURA. No por cierto; Wenceslao es el amigo de la casa, un jóven distinguido y dotado de un talento!... Comprende los negocios como Colvert y los explota como Rotschild.

LUIS. ¡Ah!

ELVIRA. Ignoraba...

LAURA. Debe llegar dentro de un momento con Esteban; son inseparables.—Como Wenceslao es tan amable. ¿No es cierto, Maria?

- MARIA. (Turbada.) No sé... si...
LAURA. ¡Cómo!
MARIA. Es decir... yo...
LAURA. Es una notabilidad.
LUIS. (¡Cielos! se ha turbado.)
ELVIRA. (Quién será ese hombre.)
MARIA. (Ap. á Elvira.) Tengo que contarte una cosa.
LAURA. (Á Elvira.) Tenemos que consultar con usted un asunto de la mayor importancia.
MARIA. Pero ahora.
LAURA. Ahora.
LUIS. Señoras, si ustedes me dan su permiso...
MARIA. (Con viveza á Luis.) (Quédate.)
LUIS. ¡Ah! qué cabeza la mia, tengo que buscar unos papeles. Fernando me ha dicho...
ELVIRA. Pasaremos á mi gabinete.
LAURA. Si, si; mejor es.
(Laura entra la primera, despues Elvira. Luis detiene á Maria en el momento en que se dispone á seguir á Elvira. Esta escena debe ser muy rápida.)

ESCENA VII.

MARIA, LUIS.

- LUIS. Maria.
MARIA. Luis.
LUIS. ¿Me amas?
MARIA. Siempre.
LUIS. ¡Ah!
MARIA. Soy muy desgraciada, quieren casarme con Wenceslao. Resistiré. Elvira te lo contará todo. Adios.

ESCENA VIII.

LUIS, despues FERNANDO.

- LUIS. Quieren casarla, ¿y con qué derecho?... pero no, no, me batiré con ese hombre, y entonces... Mi sangre hierve; debo marcharme, porque si le viera, ¡oh! si yo viera á ese hombre...
FERN. ¿Qué tienes?

- LUIS. Nada.
- FERN. Siempre te encuentro haciendo gestos.
- LUIS. Es que hay situaciones en que no es uno dueño de su... de la... Fernando, sufro mucho.
- FERN. ¿Pero te explicarás?
- LUIS. Imposible; debo alejarme de esta casa... Luego... después... Adios.

ESCENA IX.

FERNANDO, después D. ESTEBAN, apoyado en el brazo de WENCESLAO.

- FERN. Muchacho mas original: «Sufro mucho»—«debo alejarme de esta casa»—«luego»—«después»; y viene, y vá, y hace gestos. ¿Qué tal, si fuera yo un marido celoso? Afortunadamente mi oscura medianía y mi recogimiento me permiten vigilar mi casa... ¡Pero qué locura! Elvira es un ángel.

ESTEBAN. Por fin hemos llegado.

FERN. ¡Ah! Don Esteban... no esperaba tener el honor...

ESTEBAN. Deseaba venir con Laura... pero son tantas las ocupaciones que pesan sobre mí, que...

FERN. Lo creo, lo creo. (Él siempre con ocupaciones... y yo sin tener nada que hacer.)

ESTEBAN. Presento á usted mi íntimo amigo el señor don Wenceslao de Vals.

FERN. Tengo una satisfaccion...

WENC. Caballero... (Saca una cartera y empieza á hojearla con rapidez.)

FERN. ¿No se sienta usted?

WENC. Gracias; no me permito ese goce á todas horas.

FERN. ¡Cómo!... el goce de...

ESTEBAN. Wenceslao es el tipo perfecto del hombre de negocios; no tiene nunca un momento suyo.

WENC. Nunca; el tiempo para mí es oro.

FERN. ¡Oro! (Para mí no es nada.)

WENC. Me acuesto á las dos y me levanto á las seis: cuando corro de un punto á otro, hago cálculos de memoria; cuando me hablan, escucho y hago cuentas en mi cartera. Gracias á esta actividad puedo realizar mis proyectos casi al mismo tiempo que los estudio.

FERN. Esa vida debe ser perjudicial á la salud...

WENC. ¿Y qué es la salud en estos tiempos?... Mi cuerpo está revestido de una capa metálica, que lo preserva de los elementos.

FERN. ¡Ya! (Como los buques de coraza.)

WENC. Entre tanto que ustedes hablan voy á dar una vuelta por la Bolsa... el consolidado debe subir hoy, porque se dice que el diferido... Pero no puedo detenerme.— ¿Usted no juega? Hace usted mal, muy mal.— Dentro de doce minutos estaré de vuelta.

ESCENA X.

FERNANDO, D. ESTEBAN.

ESTEBAN. ¿Qué le parece á usted?

FERN. Estoy admirado.

ESTEBAN. Llegará á ser el primer capitalista de Madrid. Le conocí... no sé cómo... creo que era amigo de un amigo; pero me habló de negocios tan importantes, que le admití pronto en mi intimidad.

FERN. Y desde entonces sus capitales de usted habrán aumentado un cincuenta por ciento.

ESTEBAN. No, señor; hasta ahora solo he hecho desembolsos.

FERN. Pero espera usted una ganancia...

ESTEBAN. Considerable, muy considerable. Gracias á Wenceslao he adquirido una parte de una cuenca carbonífera...

FERN. ¡Hola! ¿y está bien situada?

ESTEBAN. Á seis kilómetros de una de nuestras primeras vías férreas.

FERN. ¡Soberbio!

ESTEBAN. Inútil es decir á usted que no solo surtiremos la vía, sino que destruiremos los carbones ingleses.

FERN. ¡Oh! por supuesto. ¿Y qué tal es la cuenca?

ESTEBAN. Hasta ahora solo hemos encontrado un liñito pasable; pero Wenceslao y los inteligentes aseguran que la hulla no debe tardar en aparecer.— Tal vez en el correo de mañana se reciba la gran noticia.

FERN. Y entonces será un negocio...

ESTEBAN. De muchos millones.

FERN. ¿Sabe usted que siento que me haya hablado de él?

ESTEBAN. ¡Cómo! ¿Es usted aficionado á los carbones?

FERN. Deseo con ansia entrar en una especulacion productiva.

ESTEBAN. El deseo no puede ser mas laudable.

FERN. Desgraciadamente mi fortuna es tan escasa que no me atrevo...

ESTEBAN. Mal hecho. La mayor parte de los capitalistas que pueblan el mundo han empezado con casi nada. Yo salí de España con dos mil reales en el bolsillo y una gran cosecha de ilusiones en la cabeza. La suerte me fué propicia...

FERN. Si yo me atreviera...

ESTEBAN. ¿Y por qué no? Yo creo que Wenceslao no tendrá inconveniente en proporcionarle papel.

FERN. Esos carbones prometen tanto...

ESTEBAN. Pues no se aflija usted. Seremos consocios.

FERN. Eso equivale ya á una fortuna. Usted gana en todo.

ESTEBAN. Eso dicen.

FERN. Es usted el hombre mas dichoso de Madrid.

ESTEBAN. Diré á usted, hay cosas que no se compran con dinero: la salud, por ejemplo.

FERN. ¡Ya! pero usted...

ESTEBAN. Yo padezco una asiática que me consume á fuego lento. ¡Ah! jóven, si usted conociera lo horribles que son los dolores de este afecto. Hay momentos en que daria todos mis millones por una hora de calma y bienestar.

FERN. Ignoraba... su fisonomia de usted no revela...

ESTEBAN. Mas que satisfacciones... lo creo... ¡Como la cara no es siempre el espejo del alma!

FERN. (¡Qué ambiciosos son los riccs!) Pues sin embargo, me pongo bajo su égida; seguro que há de llevarme á buen puerto.

ESTEBAN. Asi lo espero, siempre que Wenceslao siga siendo nuestro piloto. ¡Ah!

ESCENA XI.

DICHOS, LAURA, ELVIRA, MARIA.

LAURA. (Hablando con Elvira.) Le digo á usted que es ventajosísimo, y que se hará.

FERN. Laura...

- MARIA. (Á D. Esteban) ¿Sigue usted mejor?
ESTEBAN. No, hoy sufro mucho.
LAURA. Desengáñate, Esteban, lo que necesitas es hacer ejercicio... Si no sales de casa.
ESTEBAN. El movimiento del coche me molesta.
LAURA. Pues sal á pie.
MARIA. El médico ha recomendado mucha quietud.
LAURA. ¿Y qué entiende el médico?
ESTEBAN. Pero, Laura...
LAURA. Nada, nada; los medicamentos que te prescribe te ponen peor. No sabe salir del opio y de... ¡Cuánto mejor es que nos acompañes á las tiendas!
ESTEBAN. ¡Á las tiendas! Ni que estuviera loco.
FERN. Don Esteban y yo tenemos que proponer á Wenceslao...
ESTEBAN. En efecto, tenemos que proponer á Wenceslao...
LAURA. Mas tarde pueden ustedes...
FERN. Corre mucha prisa, porque...
ESTEBAN. Ya lo oyes, corre mucha prisa.
MARIA. Iremos solas.
LAURA. ¡Qué disparate! Y sobre todo, yo creo que una esposa es antes que todos los negocios del mundo.
ESTEBAN. Si no digo lo contrario...
FERN. ¿Qué hemos de decir lo contrario?
ELVIRA. Pues entonces...
FERN. (Á Elvira.) Cállate.
ELVIRA. Vamos, don Esteban, sea usted condescendiente. Se diría al verle tan afanoso que se crea ahora una posición, y usted no está en ese caso.
FERN. (Si no puede moverse.) (Ap. á Elvira.)
ELVIRA. Debe usted consagrarse á satisfacer los caprichos de su esposa. ¿No es cierto, Laura? Qué se diría en el mundo elegante si la vieses ir siempre sola en su carretela. La tomarían por la mujer mas desgraciada de la corte.
LAURA. Muy bien dicho, por la mas desgraciada.
ELVIRA. Tenía tanto gusto en que usted la acompañase... ¿adónde, Laura?
LAURA. Á la Dalia azul y á la Garza Real.
ELVIRA. Pues siendo á la Garza Real, es indispensable su asistencia de usted.
LAURA. Indispensable.

- ESTEBAN. Puesto que no hay remedio...
LAURA. (Á Elvira.) Ya sabia yo que cederia.
ELVIRA. ¡Está loca!) (Ap.)
ESTEBAN. (Ap. á Fernando.) Ya ha visto usted que me he resistido.
FERN. (Ap.) ¡Pobre hombre!

ESCENA XI.

DICHOS, WENCESLAO.

- WENC. El cuatro y medio francés ha subido seis céntimos... Señora... Maria... Nuestro consolidado en alza siempre... (Á D. Esteban.) ¿Se siente usted mejor? La Rusia se resiste. (Á Laura.) Ese sombrero me gusta mucho.—Por supuesto que cederá... y entonces ganaremos... yo les diré á ustedes... lo que ganaremos... cinco... por cinco... (Calculando.)
ESTEBAN. (Á Wenceslao.) Este caballero tiene que hablar á usted sobre nuestros carbones.
FERN. Si usted tiene la bondad de consagrarme algunos momentos.
LAURA. Imposible, quiero que Wenceslao me dé su voto sobre las compras que pienso hacer.
ELVIRA. Nada mas justo.
ESTEBAN. (Á Laura.) Pero deja que estos señores...
FERN. Terminamos en dos segundos.
LAURA. En otro momento.
FERN. (Adios mi negocio.)
LAURA. (Á Wenceslao.) Ofrezca usted el brazo á Maria.
FERN. ¿Y en dónde podremos vernos?
WENC. Europeo á las cinco cincuenta, Iberia á las seis y quince, Suizo á las nueve y treinta y cinco minutos...
LAURA. Vamos, vamos. (Á Fernando y á Laura.) Espero á ustedes mañana.
MARIA. (Á Elvira.) Yo te escribiré. (Á Wenceslao.) Guarde usted esa cartera.

ESCENA XII.

ELVIRA, FERNANDO.

- ELVIRA. Ese señor Wenceslao parece una tarifa de caminos de hierro.
- FERN. Y Laura un buque de remolque. ¡Qué afán por llevarse á todo el mundo!
- ELVIRA. Como vá á la Garza Real...
- FERN. Calla por Dios, no sé cómo su marido la aguanta.
- ELVIRA. ¿Pues qué mal encuentras?...
- FERN. Le pone en ridículo.
- ELVIRA. ¿Y quieres que vivan como nosotros? Cada gerarquía social tiene sus costumbres. Para ellos el movimiento, el ruido...
- FERN. Por supuesto; pero bien podía haber dejado á su marido. ¡Vamos á ocuparnos de un gran asunto comercial. Deseo explotar una cuenca carbonífera.
- ELVIRA. ¿El qué?
- FERN. Una cuenca.
- ELVIRA. ¡Tú!
- FERN. Yo, sí, señora, yo. Pues qué, ¿he de vivir siempre encerrado en mi casa, sin hacer nada, sin pensar en el porvenir?...
- ELVIRA. Pero exponer nuestro capital...
- FERN. ¿Y quién te ha dicho que lo voy á exponer? Don Esteban no entra mas que en los negocios seguros, de modo que asociándome á él debo ganar irremisiblemente.
- ELVIRA. Pues yo te aconsejo...
- FERN. ¿Pero qué entiendes tú de carbones de piedra ni de vías férreas? No, necesito lanzarme... hacer negocios... ese es el espíritu del siglo... quiero una posición independiente. ¿No sería un desatino despreciar la fortuna cuando viene á buscarnos? Dentro de un año tendremos *jibus*, dentro de dos carretela.
- ELVIRA. Pero reflexiona antes...
- FERN. Nada, lo he pensado todo. Estoy resuelto á invertir la mitad de mi capital.
- ELVIRA. ¡La mitad!
- FERN. Sí, la mitad: ¿quieres que me presente entre esos grandes capitalistas con una cantidad insignificante?

¡No se burlarian poco! Voy á reunir todos los billetes que pueda y corró en busca de Wenceslao.

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS.

FERN. ¡Ah! (Siempre el primito.) Ven conmigo, me ayudarás á contar una cantidad. Tengo que consultarte sobre un negocio.

ELVIRA. (¡Ah, qué idea! Tal vez el tio de Luis pueda informarme del negocio en que quiere tomar parte Fernando.) Dispensa, yo tambien deseo hablarle sobre otro.

FERN. ¡Tú!

ELVIRA. Si, un asunto de...

FERN. Bien, bien; no puedo perder un momento. Vuelvo. Saldremos juntos. (¿Qué tendrán que hablar?)

ESCENA XIV.

LUIS, ELVIRA.

LUIS. ¿Qué pasa?

ELVIRA. No me has hablado algunas veces de un pariente tuyo, de...

LUIS. De un ingeniero, si; es un hombre que hace grandes negocios. ¿Pero qué tiene que ver esto con Maria?

ELVIRA. (Hablando consigo misma.) Si supiera...

LUIS. ¿El qué!

ELVIRA. Será lo mejor, le escribiremos.

LUIS. ¿Á Maria?

ELVIRA. No.

LUIS. Á su tutor, bien pensado, verás cómo le digo yo...

ELVIRA. Si no se trata de eso.

LUIS. ¡Ah! no quieren ya casarla?

ELVIRA. Al contrario, es cosa resuelta.

LUIS. ¡Resuelta, y no quieres que tomemos un partido!

ELVIRA. Confía en mí.

LUIS. Lo mas oportuno es que desafe á ese Wenceslao, y que le mate.

ELVIRA. ¿Estás en tu juicio?

LUIS. Elegiré el revolver y nos estaremos tirando una hora.

- ELVIRA. Si sigues así abandono tu causa.
LUIS. No, no, haré lo que quieras. ¿Qué intentas?
ELVIRA. Ya veremos; pero te aseguro que no casarán á María contra su voluntad.
LUIS. Y si el tutor...
ELVIRA. Resistiremos al tutor, á Laura, á todo el mundo.
LUIS. Eso es, á todo el mundo. ¡Qué contento estoy! Mira. (Baila.)

ESCENA XV.

DICHOS, FERNANDO.

- FERN. ¡Qué veo! Bailando ahora. ¿Me explicarás qué significan esos cambios repentinos?
LUIS. Nada, nada. Soy muy feliz.
FERN. Pues no me decías hace un momento...
LUIS. Te repito que soy muy feliz. Vamos.
FERN. (Pues, señor, aquí hay algo.) Vamos.
ELVIRA. Estan locos; pero yo velo por ellos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Lina. ¿Qué es el mundo? ¿Qué es el mundo?
 Lina. Yo sé que el mundo es un teatro.
 Lina. Y el teatro es un mundo.
 Lina. ¿Qué es el mundo? ¿Qué es el mundo?
 Lina. Yo sé que el mundo es un teatro.
 Lina. Y el teatro es un mundo.

ESCENA IV

Lina. ¿Qué es el mundo? ¿Qué es el mundo?
 Lina. Yo sé que el mundo es un teatro.
 Lina. Y el teatro es un mundo.
 Lina. ¿Qué es el mundo? ¿Qué es el mundo?
 Lina. Yo sé que el mundo es un teatro.
 Lina. Y el teatro es un mundo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

Un salon en casa de D. Esteban. Muebles elegantes. Forillo espacioso. Puertas laterales. Al levantarse el telon, Wenceslao hace cuentas en su cartera. Laura sale por una puerta lateral.

ESCENA PRIMERA.

WENCESLAO, LAURA.

- WENC. ¡Ah! esperaba á usted con impaciencia. ¿Y Maria?...
- LAURA. Maria se ha opuesto un momento, como hacen todas las jóvenes de su edad cuando se trata de un casamiento ventajoso, pero han sido tan elocuentes las razones que he expuesto, que ha concluido por ceder.
- WENC. ¿Conque es cosa hecha?
- LAURA. Casi.—Esteban queria que esperasemos algun tiempo; pero he sido inflexible.
- WENC. ¡Qué generosidad!
- LAURA. ¿Le gusta á usted este adorno? (Mirándose delante de un espejo.) En fin, Maria ha vuelto á su colegio y no saldrá de él hasta que no se fije el dia de la boda. Yo me encargo del *trousseau*.—Recorreré todas las tiendas.—Pero no me oye usted. ¡Jesus! ¡qué cabeza!
- WENC. En efecto, pensaba en... como tengo tantos negocios entre manos.
- LAURA. Ninguno puede ser tan importante como el que nos

- ocupa...
- WENC. Desde luego... (Quince mil duros de dote.)
- LAURA. ¿Qué dice usted?
- WENC. Que no sé cómo pagar un favor que tanto vale. (Calculando. Ap.) (Al diez por ciento, treinta mil reales.)
- LAURA. Tengo un placer en proteger el talento y la laboriosidad.
- WENC. Señora...
- LAURA. Siento no poder acompañar á usted mas tiempo, pero tengo tanto que hacer... ademas, mi pobre Queen Charles está malo... y esto me aflige de un modo... ¡Ah! las doce. (Mirando un reloj de sobremesa. Tira del llamador de una campanilla.)

ESCENA II.

DICHOS, un CRIADO.

- LAURA. Mande usted que enganchen el tiro de caballos atigrados.
- CRIADO. Está bien. (Volviendo.) El señor ha pasado una noche...
- LAURA. No, que enganchen las jaquitas tarbés. Hasta luego, Wenceslao.

ESCENA III.

CRIADO, WENCESLAO.

- WENC. (Hoy consolido mi posicion. Qué tres jugadas, el diferido... los cabones... y Maria. Soberbio.) ¿Don Esteban está visible? (Al Criado.)
- CRIADO. El señor ha pasado una noche...
- WENC. Está bien, voy... (Entra por la segunda puerta lateral izquierda.)
- CRIADO. (Signiéndole.) ¡Eh! Caballero... si le digo á usted que ha pasado una noche...

ESCENA IV.

ELVIRA y FERNANDO.

Los acompaña un lacayo de la casa, este entra en el cuarto de LAURA y vuelve á salir al poco rato por el forillo.

FERN. Te digo que hemos hecho mal en no venir antes.

ELVIRA. Tenia que dictar una carta á Luis ...

FERN. ¿Una carta? ¿para quién?

ELVIRA. Ya lo sabrás mas tarde.

FERN. Es necesario que visitemos á nuestros consocios con frecuencia.

ELVIRA. ¡Ya lo creo, qué seria de los carbonos sin nuestra cooperacion ilustrada!

FERN. Has tomado el negocio de un modo...

ELVIRA. ¿De un modo?...

FERN. Como no entiendes estas cosas...

ELVIRA. Precisamente.

FERN. Pues por lo que á mí hace te aseguro que he recobrado mi antigua alegria desde que frecuento las casas de los grandes capitalistas. Se respira en ellas un perfume...

ELVIRA. Á pastillas del serrallo, no me agrada.

FERN. ¡Qué muebles!

ELVIRA. Pareces un aldeano que llega por primera vez á Madrid... já... já...

FERN. Como nuestra casa está tan desmantelada... tan... ¡Oh! Feliz don Esteban.

ELVIRA. ¡Feliz!

FERN. Puede satisfacer todos sus caprichos.

ELVIRA. ¡Todos! Nosotros somos los únicos seres que tenemos que vegetar en un rincon. Ya se vé, como no hemos traído nada del nuevo continente... ni siquiera una de esas enfermedades nerviosas que recuerdan los tormentos del Purgatorio.

FERN. Lo que es eso no nos hace falta; pero...

ELVIRA. ¡Quién podia soportar ya aquella vida tranquila que disfrutábamos antes! Aquí buenos muebles, animacion, se disputa por la cosa mas inocente.

FERN. No hables de Laura, su conducta...

- ELVIRA. Se queja con razon: don Esteban necesita llevarla á todas partes. ¿Qué importan su edad avanzada y su quebrantada salud? La posicion, la etiqueta, el qué dirán, estan por encima de estas pequeñeces. Ademas, es rico, y todos los que lo son tienen que divertirse por fuerza... já... já... já... ¿Por qué me miras asi? ¿te extraña lo que digo?... Es que desprecio mi vida antigua, mi cuarto tercero y mi aislamiento ridiculo. El aire que se respira en estos salones, ha cambiado mis ideas y mis gustos... siento una necesidad de correr y de divertirme... soy otra Laura... verás, verás, qué buenas amigas vamos á ser las dos. Tú pasarás todo el dia en la Bolsa y yo en las tiendas, en la Castellana y en el teatro... Wenceslao y Luis nos acompañarán. No hagas esos gestos. Un capitalista debe ser grave, indiferente... já... já... ¡qué mal representas tu papel!
- FERN. Es que ese proyecto de vida no me parece acertado...
- ELVIRA. ¡Egoista! ¡no te dejas yo bogar á tus anchas sobre una cuenca carbonifera.
- FERN. Eso es diferente... Sigo el espíritu del siglo... príncipes extranjeros hay que comercian en goma elástica. Pero calla, alguien viene.

ESCENA V.

DICHOS, D. MANUEL.

- MAN. Caballero... señora...
- ELVIRA. ¡Jesus! ¡qué facha! (Ap. á Fernando.)
- FERN. No te rias, debe ser algun capitalista, algun sócio mio.
- MAN. No los conozco. (Ap.)
- ELVIRA. Parece francote. (Ap. á Fernando.)
- FERN. Estos industriales son asi... pero estoy seguro que es un genio en materia de carbones.
- ELVIRA. En carbones... lo creo.

ESCENA VI.

DICHOS, WENCESLAO.

Salen precipitadamente del cuarto de D. Esteban. Fernando y D. Manuel le detienen.

- MAN. ¡Ah! Wenceslao...

- FERN. ¿Cómo está usted, querido?
MAN. ¿Hay noticias?
FERN. ¿Tenemos hulla?
WENC. Estoy muy de prisa, muy de prisa. Cuando reciba el correo volveré.
MAN. Si, pero...
FERN. Debiera usted decirnos...
WENC. Nos hacen pedidos de todas partes. La empresa del Norte y la del Este... y la del gas... Adios... Adios.

ESCENA VII.

D. MANUEL, FERNANDO, ELVIRA.

- MAN. (Á Fernando.) ¡El Norte y el Mediodía!
FERN. (Á Elvira.) El Mediodía y el Norte!
MAN. (Id.) Y el gas.
FERN. (Id.) ¡Y el gas!
MAN. La cosa marcha.
FERN. (Frotándose las manos.) ¡Vaya si marcha!
ELVIRA. (Riendo.) ¡Ya lo creo que marcha!

ESCENA VIII.

DICHOS, LAURA.

- LAURA. Señoras... Elvira... cuánto siento haber hecho esperar á ustedes tanto tiempo; pero... estoy desolada.
ELVIRA. ¿Qué sucede?
FERN. ¿Don Esteban está peor?
LAURA. No. Se trata de mi Queen Charles, un perrito precioso regalo del príncipe Estornudesqui. El pobre animal estaba tan bueno y... vamos, no me consolaré nunca.
ELVIRA. Ya lo creo.
MAN. Yo la regalaré á usted un perro de Terranova... que tiene tres pies de alto.
LAURA. ¡Qué horror! (Se sienta al lado de Elvira.) Tenemos que hablar mucho sobre Maria... Ya está resuelto el... Pero en otro momento...
ELVIRA. Por supuesto... ¿qué prisa corre? (Siguen hablando.)
MAN. (Á Fernando.) No habla nunca de su marido.
FERN. Si, ya noto... (Id.)

- MAN. Su pasión por los perros...
- FERN. Y por los caballos.
- LAURA. ¡Cómo, es posible?
- FERN. ¿El qué?
- MAN. ¿Qué ocurre?
- LAURA. Que hay carreras de caballos y nadie me ha dicho una palabra.
- MAN. ¡Eso es poco divertido, á lo mejor se cae un groom y se mata.
- ELVIRA. Es cierto, ¿pero qué espectáculo puede compararse al de las carreras? Se lanzan dos ó tres corceles como centellas, sus jinetes los excitan con la voz y con la fusta, los espectadores los siguen con ansiedad, todos los corazones laten con fuerza. Ya se adelanta un caballo y los que han apostado por él aplauden con frenesí; los que parece que van á ser vencidos, redoblan entonces su velocidad, sus cascos tocan apenas el suelo, sus ojos centellean, sus narices abiertas y ardientes lanzan un resoplido sordo.. adelantan por fin al primero, y la lucha vuelve á empezar con furia, entre los gritos, las apuestas, la música, el polvo, y los sonidos metálicos y vibrantes de la campana.
- LAURA. Si, si, es un espectáculo soberbio.
- ELVIRA. Es necesario que vayamos.
- LAURA. Deliro por las emociones fuertes.
- ELVIRA. Y yo.
- FERN. ¡Y tú!
- LAURA. Vamos á informarnos de los caballos que corren hoy; los periódicos darán detalles...
- ELVIRA. Vamos, vamos.
- FERN. (Pues, se ñor, estoy asombrado, no conozco á mi mujer.)

ESCENA IX.

D. MANUEL, FERNANDO.

- MAN. Amigo, compadezco á don Esteban.
- FERN. Y yo.
- MAN. ¡Qué Laura!
- FERN. Es terrible.
- MAN. Conoci á su esposo en Puerto Príncipe; comerciaba yo

- entonces en camisolines de algodón...
- FERN. ¡En camisolines! (Y yo que creí...)
- MAN. Un ramo muy productivo, y que fué el origen de mi fortuna.
- FERN. (¡Todo el mundo se hace rico!)
- MAN. No crea usted sin embargo, que todo ha sido ganancia para mí... he tenido grandes pérdidas..
- FERN. Si, pero el primer negocio salió...
- MAN. Muy mal, porque el dinero que se invierte en el primer negocio se pierde casi siempre.
- FERN. (¡Cielos!)
- MAN. No se asuste usted por esto, puede que salgamos bien con los carbones.
- FERN. (¡Puede!) Yo creo que Wencesleo es un hombre...
- MAN. ¿Quién sabe?... En Madrid hay que desconfiar... muchos industriales que pasan por notabilidades son unos tontos de primer orden... No es esto decir que Wenceslao...
- FERN. ¡Oh! por supuesto. Además habiendo usted entrado en el negocio...
- MAN. Ha sido por Esteban.
- FERN. ¡Ya!
- MAN. Como somos tan amigos. Figúrese usted que como casi todos los días en esta casa...
- FERN. (Me gusta la franqueza.)
- MAN. Los lunes, los jueves y los sábados almuerzo y como.
- FERN. (Bravo.)
- MAN. En cambio, los domingos...
- FERN. No sale usted de su casa.
- MAN. No señor, ceno aquí también.
- FERN. (¡Cáscaras!)
- MAN. ¡Como Esteban es tan generoso, y tiene un vino de Burdeos tan estomacal!—Pobre, es lástima que no sea mas feliz.
- FERN. Conque es desgraciado.
- MAN. Mucho, amigo mio, mucho. Su mujer no le deja vivir... siempre con esa sed de placeres... Ya se vé, Esteban porque no digan la compañía y sufre en silencio... y por último cae enfermo. Cuando llega este caso, Laura no se apura, embarga á Wenceslao... y aquí está el mal...
- FERN. ¡Cómo! ¿sospecha usted?...

- MAN. No; eso no; Laura aunque bulliciosa y casquivana es incapaz de faltar á su marido; Wenceslao por otra parte es un corazon de mármol... pero el mundo... ya sabe usted lo que es mundo...
- FERN. Demasiado.
- MAN. Por todo esto, creo que haria usted bien en no traer á su mujer, porque el ejemplo. ¿Eh?
- FERN. (Este amigo de confianza es una serpiente de cascabel.)
- MAN. La paz doméstica es un tesoro de inestimable precio. No he estado casado nunca, pero conozco muchos matrimonios por el estilo del de don Esteban. Entra en la casa un hombre inofensivo, un agente de negocios, un primo...
- FERN. ¡Un primo!
- MAN. El marido le dá la mano, le obsequia, juega con él al tresillo, al ajedrez...
- FERN. ¡Al ajedrez!! (Los cabellos se me erizan.)
- MAN. ¿Qué es eso? se ha puesto usted pálido. Recibiria usted en su casa, por ventura...
- FERN. ¡Yo!... ¡Está usted en su juicio!... No recibo á nadie mas que al aguador. (¡Jesus, no sé lo que me digo.)

ESCENA X.

DICHOS, D. ESTEBAN.

- MAN. ¡Ah! ¿Cómo estas, querido Esteban?
- ESTEBAN. Mal... muy mal... ayer tuve que acompañar á Laura, y el movimiento del carruaje, el aire frio, la conversacion me han hecho pasar una noche horrible. ¡Ah! don Fernando, usted si que es feliz... jóven, fuerte, animoso: hermosos tiempos aquellos en que yo tambien lo era!
- MAN. ¿Y tu médico no encuentra algun medio?
- ESTEBAN. Mi médico tiene tantos enfermos á quien cuidar que apenas si se acuerda de mí.
- FERN. Será alguna notabilidad...
- ESTEBAN. Precisamente. Luego mis criados son tan descuidados... en vez de llevarme los medicamentos que prescribe el médico, duermen á pierna suelta, ó consumen mi vino de Madera.

- MAN. ¡Canalla! Madera nada menos.
- ESTEBAN. ¿Á usted no le sucederá nada de eso?
- FERN. Solo tengo una criada...
- MAN. ¡Alcarreña, eh?
- FERN. Creo que sí.
- ESTEBAN. Pues estoy seguro que le servirá á usted mejor que todos mis lacayos juntos.
- FERN. Jamás hubiera creído...
- ESTEBAN. ¡Ay! amigo mio, la fortuna tiene sus miserias tambien.
- MAN. ¿Te acuerdas del tiempo en que nos conocimos en Puerto Príncipe!
- ESTEBAN. Ya lo creo, no pensabamos mas que en nuestros negocios. Hoy haremos lo mismo, hablaremos de carbones.
- FERN. Estudiaremos la cuestion.
- MAN. Luego comeremos juntos...
- ESTEBAN. Bravo, no salgo. Quiero disfrutar entre ustedes una paz octaviana.

ESCENA XI.

DICHOS, LAURA, ELVIRA.

- LAURA. Esteban, Esteban.
- MAN. (Malo.)
- LAURA. ¿Cómo no me has dicho antes que habia hoy carreras de caballos? Parece que lo haces adrede... sabiendo que me gusta tanto este espectáculo...
- ESTEBAN. Ignoraba...
- LAURA. Las carreras empiezan á la una; son las doce y media, conque no podemos perder un momento.
- ELVIRA. Ya lo oyes, Fernando.
- ESTEBAN. ¿Y quieres que vaya?
- LAURA. Por supuesto.
- ESTEBAN. (Adios, proyecto.)
- MAN. Si lo dejasen ustedes para otro dia...
- ELVIRA. ¿Está usted en su juicio?... ¡dejar para otro dia las carreras!
- LAURA. Ni que se tratase de una comedia. Vamos, vamos, sean ustedes galantes.
- ELVIRA. Nos divertiremos mucho.
- LAURA. Muchísimo. Iremos todos á caballo.

- ESTEB. } ¡Todos!
MAN. }
ELVIRA. Es de rigor.
ESTEBAN. Buen jinete haría yo.
MAN. Y yo, que no he montado nunca mas que sobre asnos pacíficos.
LAURA. No perdamos el tiempo en digresiones inútiles: el día está magnífico, el espectáculo será soberbio.
ELVIRA. Á caballo.
LAURA. Á caballo.
MAN. (Ap. á D. Esteban.) Sálvame.
FERN. (id.) Resista usted.
LAURA. ¿Qué significa ese silencio?
ESTEBAN. Siento en el alma disgustarte, pero no puedo acceder á tus deseos. Un negocio importante me lo impide.
MAN. Si, señora, un negocio importantísimo.
FERN. Y del que depende tal vez el porvenir de muchas familias.
LAURA. Pues bien, déjenlo ustedes para luego.
ELVIRA. Eso es.
ESTEBAN. Imposible: no podemos faltar de aquí ni una hora.
MAN. Ni dos minutos.
FERN. Ni un cuarto de hora.
LAURA. ¡Qué hacer, Dios mio!
ELVIRA. Ya que estos señores olvidan las leyes mas imperiosas de la galantería, tomaremos nuestro partido, Wenceslao nos acompañará.
LAURA. Sí, sí, Wenceslao.
FERN. ¡Cielos!
MAN. (Ap. á Fernando.) No transija usted.
ESTEBAN. Tampoco Wenceslao puede ir; le esperamos con impaciencia.
LAURA. Cómo, ¿nos lo arrebatan ustedes tambien?
ELVIRA. Esto es horrible.
ESTEBAN. Siento mucho, pero...
LAURA. ¡Qué infamia! ¡qué complot! Arrebatarnos todos los medios de divertirnos. ¡Esteban, Esteban, me haces muy desgraciada!... ¡Jesus! Sabiendo lo propensa que soy á ataques de nervios.
ELVIRA. Como que se ha puesto usted pálida.
ESTEBAN. ¡Dios mio!
ELVIRA. Fernando, trae agua, sales... (Sosteniendo á Laura.)

- ESTEBAN. ¡Laura!
- FERN. (¡Qué contratiempo!)
- MAN. (¡Qué farsa!)
- ESTEBAN. Un médico...
- LAURA. No... se pasa... mi cabeza...
- ESTEBAN. He sido un poco brusco, lo confieso. Vamos, apóyate en el brazo de Manuel y en el mio.
- LAURA. Pero las carreras...
- ESTEBAN. Irás... no te aflijas... Wenceslao te acompañará.

ESCENA XII.

ELVIRA y FERNANDO.

- FERN. ¡Qué marido y qué mujer!... ¡Dios mio, qué mujer!
- ELVIRA. Solo falta que la critiques. —
- FERN. Lo inconcebible es que apoyes sus caprichos, que la excites á la rebelion...
- ELVIRA. ¡Yo!
- FERN. ¿Á quién se le ocurre venir á hablar aquí de carreras de caballos, cuando todos los momentos son pocos para tratar la cuestion de carbonos?
- ELVIRA. Bonita ocupacion.
- FERN. Algo mejor que correr por esos campos, como una Angélica ó una Rodomonta.
- ELVIRA. Rodomonta ó no, quiero estar á la altura de mi nueva posicion.
- FERN. ¿Y qué posicion es esa?
- ELVIRA. La de capitalista. — ¿Qué dirian de nosotros si nos viesen siempre encerrados en nuestro nido de golondrinas, sin recibir á nadie, sin salir á paseo mas que los dias de fiesta, como los comerciantes de quinto orden?
- FERN. Cada uno hace lo que le parece en su casa, y yo creo...
- ELVIRA. Las mujeres de los hombres de negocios deben delumbrar á las masas. Mira Laura qué bien representa su papel.
- FERN. Por nada en el mundo quisiera que la imitaras.
- ELVIRA. ¡Qué mania!
- FERN. No, Elvira, no; Laura dá lugar á que digan...
- ELVIRA. ¡Quién hace caso de eso! Tú mismo me asegurabas ayer que toda mujer á la moda era víctima de los envidiosos...

- FERN. ¿Yo he dicho... (Es verdad.) Pues bien, eso te probará que puedes llegar á ser el blanco de una crítica injusta.
- ELVIRA. Me sacrificaré por tí.
- FERN. Muchas gracias; prefiero verte en tu casa...
- ELVIRA. No faltaba otra cosa.
- FERN. Pero si digo...
- ELVIRA. Y yo te repito que no te abandonaré jamás. Todos los grandes hombres han tenido una mujer que los aconseje, que los consuele... Seré tu Onfalia, tu Dalila, tu Fornarina, tu Laura, tu princesa de Toscana. Cuando deslumbre á los envidiosos con mi lujo, dirán: ¡Qué feliz es don Fernando Marquez!—¡Cómo!—Es rico, riquísimo: tiene una mina de carbon que vale un Potosí. Vea usted qué traje lleva su mujer.—Pues si ayer no figuraban aun.—¿Está usted en su juicio? Hoy son los reyes de la industria.—¿Con que ganan tanto?—Vaya, vaya si ganan; millones.—Elvira lleva un aderezo riquísimo, un vestido soberbio... un... Ya verás, ya verás la popularidad que adquirimos en un momento.
- FERN. ¿Pero no conoces que nos arruinaremos en cuatro dias?
- ELVIRA. Al contrario, todo el mundo te ofrecerá negocios productivos. Serás otro don Esteban, y otra Laura. Nuestra dicha superará á la suya. Con que ánimo, y ocúpate de los carboncitos entre tanto que mando ensillar una yegua árabe para mí.
- FERN. ¡Una yegua árabe!
- ELVIRA. Es una pólvora.
- FERN. Te vas á matar.
- ELVIRA. Nada, algun porracillo... ¿qué es eso?... Por tí haria yo mucho mas.—Adios, adios.
- FERN. ¡Oh!
- ELVIRA. ¡(Me cree!)

ESCENA XIII.

FERNANDO.

¿Por qué la he traído á esta casa? Está contagiada de la enfermedad de Laura. Y yo creí que la felicidad vivía en estos salones. No, no: es preciso huir... pero

¿qué digo? Tal vez dentro de un momento haya triplificado mi capital. Si, si. Don Esteban no ha perdido nunca, y nuestros destinos marchan unidos.

ESCENA XIV.

FERNANDO, WENCESLAO, despues D. ESTEBAN y D. MANUEL.

WENC. (Muy agitado.) Don Esteban... ¿está don Esteban?

FERN. ¿Qué tiene usted?

WENC. ¿Ha salido?

FERN. Está usted demudado.

WENC. ¡Quién habia de creer!...

FERN. ¿El qué?

MAN. Ha llegado el correo.

ESTEBAN. ¿Qué noticias ha recibido usted?

WENC. Malas.

MAN. {

FERN. } ¡Malas!!

WENC. Muy malas. En fin, no hay que asustarse; los mejores negocios se echan á perder en un abrir y cerrar de ojos.

MANUEL. (Ap. á Fernando.) ¡No se lo decia á usted!

FERN. ¡Dios mio! ¿y qué es lo que sucede?

WENC. (Sacando una carta.) La persona que está al frente de la explotacion, y que es tan entendida como honrada, me dice en esta carta: que acaba de descubrirse en la parte N. O. de la cuenca una via de agua.

FERN. ¡Agua!

MANUEL. ¡Bonita es el agua!

ESTEBAN. Todo sea por Dios.

WENC. Como la parte N. O. es la mas alta, todo hace esperar que la cuenca está inundada. Puede intentarse un canal de desagüe; pero esto es tan caro y tan dudoso el resultado que el director de los trabajos nos aconseja que vendamos nuestro papel, antes de que la noticia se divulgue. Vean ustedes. (Entrega la carta á D. Esteban.)

ESTEBAN. Siempre ocurren aventuras de esta especie.

MANUEL. Yo estoy acostumbrado á perder...

FERN. Pues yo no, y siento mucho que no me hayan ustedes advertido...

MANUEL. ¿Y quién iba á adivinar?

- WENC. Nadie.
- FERN. Sin embargo, yo creo que debemos informarnos mas.
- WENC. Nada mas justo; pero debo advertir á usted que si perdemos tiempo corremos el riesgo de quedarnos con el papel y con la via de agua. Tal vez á estas horas...
- FERN. ¿Qué?
- WENC. Yo creo que nadie habrá tenido la mala intencion de divulgar... pero si se supiera... ya...
- ESTEBAN. Todo se habria perdido.
- MANUEL. Todo.
- FERN. ¡Todo! (Seis mil duros de un golpe.)
- WENC. En fin, ya que he sido hasta ahora el alma de la empresa, no quiero abandonar á mis consocios en el momento del peligro.—Estoy acostumbrado á ganar y á perder sin alterarme... tengo bastante habilidad para salir de las situaciones dificiles... señores, si ustedes quieren, tomo su papel con un cincuenta por ciento de quebranto.
- FERN. ¡Con un cincuenta por ciento!
- ESTEBAN. Si usted tiene confianza en dar salida á nuestro papel...
- MANUEL. Yo acepto...
- FERN. ¡Pero el cincuenta!
- MANUEL. (Decídase usted, mas vale perder la mitad que perderlo todo.) (Ap. á Fernando.)
- FERN. (¡Qué hacer! tengo calentura.)
- WENC. Si este caballero quiere jugar el todo por el todo...
- FERN. Gracias. ¡Ya pierdo bastante! Y mi pobre Elvira, que ignora... Voy... Conque no hay remedio, el cincuenta. Bien, bien; no se extrañen ustedes de mi emociion, de mí... Como no estoy acostumbrado todavia... (Uf, me ahogo.)
- MAN. Vamos, vamos... ¡Eh! que se marcha usted sin sombrero.
- FERN. No me acordaba que tenia cabeza, es decir, som .. (¡El cincuenta!)

ESCENA XV.

D. ESTEBAN, WENCESLAO.

- ESTEBAN. ¡Pobre muchacho, cómo se conoce que está acostumbrado á ser feliz! Á nosotros nos es indiferente todo.

WENC. No pierda usted el tiempo... tengo que ir á la Bolsa.
(Un Criado entra con una carta en el cuarto de Laura.)
ESTEBAN. ¡Á la Bolsa! (Me engañé... todavía tiene ilusiones... hace cifras... ama el oro. Yo soy el único que no deseo nada, que no siento nada. ¡Ay! si, siento este dolor que no me abandona un momento.) Espero á usted en mi despacho.

ESCENA XVI.

WENCESLAO, calculando, ELVIRA, un CRIADO.

WENC. Á la par no lo querrá nadie.
ELVIRA. (Al Criado.) ¿Me buscaba usted?
CRIADO. Si, señora; me han encargado que la entregue esta carta.
ELVIRA. Esta carta... (El Criado se retira.)
WENC. (Tendré que admitir un quebranto.)

ESCENA XVII.

ELVIRA, WENCESLAO.

ELVIRA. (¿De quién será? (Abre la carta.) ¡Ah! de Maria... (Después de leer.) La obligan á... ¡Qué infamia! Si Luis supiera... pero yo debo evitar... ¿y cómo? ¡Oh! si, he tomado mi partido; es lo mejor. Pero no puedo ir sola. (Á Wenceslao, que sigue calculando.) ¿Ha visto usted á Fernando?)

WENC. Ha salido.
ELVIRA. ¡Cómo! ¿y usted no sabe?...
WENC. (Calculando y paseándose.) De quince á cincuenta...
ELVIRA. (Siguiendo.) Preguntaba á usted si Fernando...
WENC. No sé nada... De quince á cincuenta, treinta y cinco... ¡Oh! si realizo mi proyecto... (Entra muy distraído en el cuarto de D. Esteban.)

ESCENA XVIII.

ELVIRA, después, LAURA.

ELVIRA. ¡Y llaman á esto un hombre de talento! Me causa lá-

- tima. Si comprendiera... pero corro...
- LAURA. ¿Dónde vá usted?
- ELVIRA. (Olvidaba...) Estoy desolada... una carta .. un asunto de la mayor importancia me impiden acompañarla hoy.
- LAURA. ¡Qué oigo!... usted tambien se ocupa de negocios importantes. Esto es demasiado... no consiento que me abandone asi...
- ELVIRA. No puedo perder un segundo...
- LAURA. Por Dios, Elvira...
- ELVIRA. Lo siento en el alma...
- LAURA. Pero ¿qué sucede?...
- ELVIRA. Mas tarde... explicaré á usted... Adios.

ESCENA XIX.

LAURA, despues FERNANDO.

- LAURA. Y se vá sin confiarme el motivo... ¡groseria como ella! Esta mujer no vale un ardite; ¡qué veleidosa es!—No, pues yo he de ir á las carreras, es preciso, es preciso. (Golpeando los muebles con la fusta.)
- FERN. (Muy sofocado.) ¿Ha visto usted á mi mujer?
- LAURA. Acaba de marcharse.
- FERN. ¿Adónde?
- LAURA. Lo ignoro. Solo sé decir á usted que ha recibido nna carta importantísima y...
- FERN. ¡Una carta!... no puede ser; mi mujer no recibe cartas... no conoce á nadie. (¿De quién será esa carta? ¡Jesus, qué día! voy á volverme loco.)

ESCENA XX.

DICHOS, D. ESTEBAN, WENCESLAO.

- ESTEBAN. No pierda usted tiempo. (Á Wenceslao.)
- WENC. (Id) Ni un segundo.
- ESTEBAN. (Á Fernando.) Ha traido usted su papel.
- FERN. No señor; he encontrado mi secreter cerrado.
- WENC. ¡Cerrado!
- FERN. Mi mujer debe tener la llave... y si usted me permite...
- WENC. No puedo esperarme...
- FERN. Pero si yo encontraré á mi mujer...

ESCENA XXI.

DICHOS, D. MANUEL.

- MAN. ¿Su mujer de usted? Acabo de verla entrar en un carruaje.
- FERN. ¿Á ella... sola?
- MAN. No, con un jóven.
- LAURA. Habrá sido con su primo de usted.
(D. Manuel entrega sus acciones á Wenceslao: estos dos y D. Esteban forman un grupo á la derecha, Laura y Fernando estan á la izquierda.)
- FERN. ¡Mi primo!
- LAURA. ¿Qué tiene usted?
- FERN. Nada. Ahora recuerdo que Laura me ha dicho que... que... (No me ha dicho nada.) Ha ido á... á... (No sé dónde ha ido...) Tengo una memoria tan... pero sé perfectamente... (Me vá á dar un ataque apoplético. (Un reloj de sobremesa dá la una.)
- LAURA. ¡Cielos! la una: vamos, Wenceslao, vamos, las carreras habrán empezado ya.
- WENC. Las carreras... no, no, tengo que ir á la Bolsa... lo siento mucho... vuelo... (Sale corriendo por el fondo.)
- LAURA. (Á D. Esteban) Entonces, no hay remedio, tienes que venir conmigo.
- ESTEBAN. Imposible, me siento mucho peor, necesito quietud, Fernando te acompañará. (Entra en su cuarto.)
- LAURA. En efecto, usted... (Á Fernando.)
- FERN. ¡Jesus!! lo siento muchísimo... voy á buscar á Elvira... en otra ocasion... Siento... señora... ¡Uf! esta casa es un infierno.) (Se marcha por el fondo.)
- LAURA. (Asiendo con fuerza á D. Manuel.) Entonces... venga usted.
- MAN. Señora... yo ..
- LAURA. Es preciso... lo quiero... vamos, vamos. (Los dos hablan casi al mismo tiempo hasta que cae el telon.)
- MAN. Tenga usted lástima de mí.
- LAURA. Á caballo.
- MAN. Que vá á suceder una catástrofe.
- LAURA. Disculpas... pronto... pronto. (Le arrastra hasta la puerta del fondo.)
- MAN. Señora... pero, señora... ¡señora!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, ELVIRA.

- LUIS. ¿Estás segura de que nadie sabe?...
- ELVIRA. Nadie.
- LUIS. Pero Fernando...
- ELVIRA. Es necesario que lo ignore todo. Conozco su carácter y podría destruir nuestros proyectos.
- LUIS. ¡Ah! dudo que se realicen.
- ELVIRA. Pues yo esloy segura de que todo se arreglará antes de una hora.. La carta que acabas de recibir será tu áncora de salvacion.
- LUIS. ¿Qué esperas hacer con ella?
- ELVIRA. No me preguntes nada; márchate y cumple al pie de la letra cuanto te he dicho.
- LUIS. Conque divulgo...
- ELVIRA. Si, si, que corra al momento la noticia.
- LUIS. Pierde cuidado; pero antes quisiera... mi corazon...
(Se dirige á la segunda puerta lateral derecha. Elvira le detiene.)
- ELVIRA. Seria una imprudencia, vete, oigo pasos.
- LUIS. Estoy resuelto á hacer cuanto me mandes: Adios, generosa protectora.
- ELVIRA. Calla.

ESCENA II.

ELVIRA, WENCESLAO.

- WENC. Servidor... Señora...
ELVIRA. ¿Usted por aquí? ¡qué fortuna! tome usted asiento.
WENC. Imposible, imposible, tengo mucho que hacer.
ELVIRA. ¡Jesus! está usted sofocado.
WENC. No tengo frío ni calor... estoy en un estado neutro.
Vengo á decir á don Fernando que... pero como me esperan en once juntas industriales.
ELVIRA. Ave Maria, en once.
WENC. Los carbones... y los algodones... y los treses... y...
¿Conque no está? lo siento, lo siento. Cada minuto que pierdo, me cuesta... Yo le diré á usted lo que me cuesta.

ESCENA III.

DICHOS, FERNANDO.

- FERN. ¡Ah! Gracias á Dios que le encuentro á usted. ¡Uf! Estoy sudando á mares; he corrido como un *tren expres*. Aquí está mi papel.
WENC. Inútil.
FERN. ¿Qué quiere usted decir?
WENC. Como usted no me lo entregó á tiempo... He salido del mío con un quince por ciento de quebranto.
FERN. (¡Cielos!)
ELVIRA. (Eso es lo que yo queria.)
FERN. ¿Conque lo he perdido todo?
WENC. En esta clase de asuntos no se puede perder un segundo.
FERN. ¡Oh! Pero esto es horrible! yo que entregué mi dinero con tan buena fé!
ELVIRA. Por Dios, Fernando, no te aflijas asi, vas á caer malo.
WENC. En efecto, estas cosas deben tomarse con calma.
FERN. ¡Con calma! (Creo que tengo el sarampion.)
WENC. Yo mismo he perdido muchas veces á pesar de mi gran práctica y de mis vastos conocimientos rentísticos é industriales.

- ELVIRA. Ya lo oyes, ha perdido á pesar de sus vastos conocimientos.
- WENC. Hoy ya es distinto... todo me salió á pedir de boca.
- FERN. Pues este negocio no ha podido ser mas fatal.
- WENC. Una casualidad; pero en esto mismo he salido bien; porque he tomado con un cincuenta de rebaja y he vendido con un quince, lo que hace para mí treinta y cinco de beneficio.
- FERN. Pues teniendo tanta suerte por qué no toma usted mi papel aunque sea por un setenta por ciento de quebranto.
- WENC. Imposible.
- FERN. Con un ochenta.
- ELVIRA. Imposible. Wenceslao no puede exponer sus capitales...
- FERN. Pero una cantidad tan insignificante...
- WENC. No es nada... absolutamente nada; pero no me atrevo... no quiero... es decir, no me atrevo... Mi táctica me impide... lo siento...
- ELVIRA. Comprendido...
- WENC. ¡Pues! Don Esteban debe venir á ver á ustedes hoy... me caso... Maria es bellísima... su carácter... y luego su dote... señora, Fernando... Me esperan en once juntas industriales.

ESCENA IV.

FERNANDO y ELVIRA.

- FERN. Ese hombre es un miserabe.
- ELVIRA. ¿De quién no se reciben desengaños?
- FERN. Me alegro que lo conozcas. Tú has sido la causa de mi ruina. Se recibe la noticia, vengo á buscar mi papel. No lo encuentro...
- ELVIRA. Lo habia metido en el secreter... (Con toda intencion.)
- FERN. Corro de nuevo en tu busca para que me des las llaves...
- ELVIRA. Y ya habia desaparecido.
- FERN. Precisamente, de donde resulta...
- ELVIRA. Que los grandes negocios dependen de una llave.
- FERN. Quién lo duda.
- ELVIRA. ¿Pues sabes que ya no me parecen tan buenos?

- FERN. Todo necesita aprenderse... ¡quién había de creer... pero hablemos de otra cosa. ¿Por qué desapareciste tan repentinamente de casa de don Esteban?... ¿Adónde fuiste?... ¿Quién te acompañó?
- ELVIRA. (Cómo le digo...) No me atrevo á confesarte...
- FERN. ¡Te turbas!... ¡Elvira! ¡habla, habla!
- ELVIRA. ¿No te enfadarás?
- FERN. Te digo que te expliques.
- ELVIRA. Si tomas un aire tan terrible que... pareces un traidor de melodrama.
- FERN. Yo... un.. (Calma.) Habla...
- ELVIRA. Como habíamos cambiado de posición...
- FERN. Ya lo creo que hemos cambiado.
- ELVIRA. Como teníamos tanto carbon, y la empresa del Mediodía, y la del Norte, y la del gas... y...
- FERN. No me recuerdes eso.
- ELVIRA. Pues bien; encargué á Luisito...
- FERN. (¡Siempre Luisito!...)
- ELVIRA. Que me avisase al momento que llegasen *novedades* de París; porque ya ves; no podía vestirme como antes. Llegaron y Luisito me escribió que fuera inmediatamente á casa de Madama Irma, porque eran tantos los pedidos que corría riesgo de quedarme sin los trajes que deseaba. Te busqué por todas partes, no te encontré, Luis ofreció acompañarme, tomamos un coche...
- FERN. Y fuiste con él, y mandaste hacer los trajes, unos trajes carísimos. ¡Todo se conjura hoy contra mí!
- ELVIRA. Como Luisito...
- FERN. No me hables de él. Desde ahora prohibo terminantemente que ese jóven vuelva á poner los pies en mi casa.
- ELVIRA. ¿Qué significa ese arrebato?
- FERN. Significa que no quiero ser la fábula de Madrid, como el pobre don Esteban... Bastante desgracia es haberse arruinado, haber perdido su paz doméstica... En fin, lo dicho: no quiero que venga nadie á mi casa, ni ver á nadie, ni hablar de negocios. Necesito quietud, recogimiento... estoy malo.
- ELVIRA. Al contrario; lo que te hace falta es respirar el aire libre, frecuentar la sociedad, divertirse.
- FERN. (Lo mismo le dice Laura á don Esteban.)
- ELVIRA. Los grandes capitalistas aparentan mas alegría cuanto

mayores son sus pérdidas.

FERN. Si yo no soy capitalista, ni lo he sido ni quiero serlo... Si lo que á mí me agrada es la vida que teníamos antes, lo entiendes, la vida de antes...

ELVIRA. Pues yo no quiero que te mueras de inaccion y de tristeza. ¡Jesus! con dos meses de una existencia tan... raquítica nos convertiríamos en momias. Nada, nada; el sistema de Laura.

FERN. No me hables de ella, te lo suplico.

ELVIRA. ¿Pero por qué?...

FERN. ¡No lo comprendes, desdichada! El ejemplo de esa mujer ha cambiado tus buenas cualidades, ha enloquecido tu corazon y tu cabeza. No eres ya la Elvira que yo amaba, la esposa que me hacia tan feliz con su carácter dulce y resignado.

ELVIRA. ¿Qué ocurrencia! Resignado... já... já...

FERN. (Nada, todo lo he perdido por ir en busca de una felicidad que vivia ya entre nosotros, y cuyo valor he desconocido hasta ahora.)

ELVIRA. ¿Sufres, Fernando?

FERN. Déjame, déjame.

ELVIRA. (Gracias, Dios mio, ya está curado.)

ESCENA V.

DICHOS, D. MANUEL.

MAN. Felices dias.

FERN. ¡Ah!

ELVIRA. ¿Cómo sigue usted, señor don Manuel?

MAN. Perfectamente. (Á Fernando.) Ya he sabido... pero hombre, ¿quién se descuida de ese modo?... Ya se vé, todo necesita aprenderse y...

FERN. Por Dios, don Manuel...

MAN. Si eso es muy frecuente. Las fortunas ajenas nos deslumbran... entramos en el primer negocio que se presenta, queremos cambiar de posicion á todo trance y... pero en fin, no hay que amilanarse, hombre, ánimo.

FERN. Si... es claro... (Me revienta este señor don Manuel.)

MAN. Hay verdades que son amargas... pero son verdades.

ELVIRA. (No le pongas esa cara, olvidas que es un genio en materia de carbonos. Ademas ha sido consocio nuestro...)

- FERN. (Buena recomendacion.)
- ELVIRA. ¿Y qué tal? ¿se divertieron ustedes mucho en las carreras? He sabido que acompañó usted á Laura...
- MAN. No me hable usted de ella. Esa mujer es un torbellino, un *simoun*, una tromba marina, un cohete á la congreve. Que quise que no, me hizo montar un caballo de la Loma de Úbeda que caracoleaba sobre el filo de una espada. Yo llevaba un miedo cervical, tiraba de las bridas y el caballo se encabritaba que era un gusto. Laura me decia:—«No tema usted, no tema usted, si es un cordero.»—De pronto sale un perro de un portal y se lanza sobre nosotros como una furia; el cordero, que no esperaba este ataque brusco, dá un bote de carnero y se lanza como una flecha por la calle del Arrenal, pierdo los estribos, luego las riendas, y me agarro por fin al cuello del animalito. El perro corre detras del caballo, los municipales detras del perro y la gente detras de los municipales. Todo esto hace un ruido infernal, el cordero atropella á diestro y siniestro, yo grito: «Socorro, socorro» con todas mis fuerzas; por último me falta la respiracion, abro los brazos y caigo...
- ELVIRA. ¿Sobre los adoquines?
- FERN. ¡Sobre un marmolillo!
- MAN. No, sobre un matrinonio gordo y pacífico que á su vez cae tambien desplomado bajo mi peso.
- ELVIRA. ¡Qué horror!
- MAN. Afortunadamente no ha habido ninguna víctima. Los dos cónyuges estan en cama, pero no ofrecen peligro.
- ELVIRA. ¿Y usted?...
- MAN. Yo, señora, estoy hecho á prueba de emociones fuertes. ¡Me he levantado hoy como si tal cosa y con un apetito!...
- FERN. ¡Hola! (Es de mamposteria.)
- MAN. ¡Tanto que dije: don Fernando está meditando... pues me voy á almorzar con él y esto le distraerá!
- FERN. Muchísimo.
- ELVIRA. ¡Qué generosidad!
- MAN. Les he cobrado á ustedes un afecto... y eso que apenas he tenido el gusto de tratarlos... pero las simpatias y la... Tambien comeré con ustedes.
- FERN. (Asustado.) ¿Tambien?
- ELVIRA. El sacrificio es demasiado grande...

- MAN. ¿Qué es eso de sacrificios? Entre gentes de negocios debe haber franqueza.
- ELVIRA. Por supuesto. Voy á disponer...
- MAN. Cualquier friolera. Lo que no perdono es el Burdeos.
- ELVIRA. ¡Y el *Jonisbergh*!
- FERN. (¡*Jonisvergh* y Burdeos, Dios mio!)

ESCENA VI.

D. MANUEL, FERNANDO.

- MAN. Me parece que no estará usted descontento de mí.
- FERN. ¡Oh! señor don Manuel, al contrario. (Solo este hombre me faltaba. Comerá conmigo el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, el sábado, el... no, el domingo me ahorco.)
- MAN. Está usted pensando en los carbones todavía?
- FERN. No, señor.
- MAN. Bien hecho; ¿qué es eso para usted?
- FERN. Casi nada. (¡Imbécil!)
- MAN. Otro es el origen de sus penas.
- FERN. ¡Otro!
- MAN. Mire usted; como vivo solo y no tengo nada que hacer, empleo el tiempo en observar á mis amigos, en sondear su corazón, en descubrir los misterios de su hogar.
- FERN. ¿Con qué objeto?
- MAN. Con el de serles útil. He dicho mil veces á Esteban lo que pasaba en su casa; no ha querido oír mis consejos, tanto peor para él. Ahora le digo á usted: Esa melancolía es hija del corazón: aquí hay disturbios domésticos.
- FERN. ¿Cómo ha podido usted conocer...
- MAN. ¡Con que es cierto!
- FERN. No, señor; muy lejos de eso, yo...
- MAN. Franqueza, hombre, franqueza. Usted tiene un primito á quien no puede soportar.
- FERN. ¿Pero quién le ha dicho á usted?...
- MAN. El portero de la casa de enfrente.
- FERN. ¿Y ha tenido usted valor de preguntar á un portero?...
- MAN. Como le pago...
- FERN. ¿Le paga usted para que averigüe?

- MAN. No, señor; la casa de enfrente es mía, y como el portero es observador, me cuenta todo lo que pasa en la vecindad.
- FERN. ¿Y qué ha dicho ese hombre? ¿qué ha visto? ¿qué ha oído?
- MAN. Nada, absolutamente nada.
- FERN. Lo creo. (Respiro.)
- MAN. Su señora de usted es bellísima é incapaz de dar oídos á un botarate; pero el mundo... Ya sabe usted lo que pasa en casa de don Esteban.
- FERN. No me compare usted con ese hombre.
- MAN. ¿Yo? ¡qué disparate! Bonito genio tiene usted para... Seguro estoy yo que ha puesto usted ya al tal primito en la calle.
- FERN. En efecto; pero no ha sido...
- MAN. Bien hecho, muy bien hecho. Desde ahora seremos dos.
- FERN. ¿Para qué?
- MAN. Para observar.
- FERN. Aquí no hay nada que observar, y extraño mucho...
- MAN. Nada, hombre, nada. Estoy desocupado y quiero consagrarme á consolidar su paz doméstica.
- FERN. (Dios mío, ¿qué delito he cometido yo?)

ESCENA VII.

DICHOS, ELVIRA.

- MAN. ¡Hola! Viene usted á anunciarnos que el comedor nos abre sus puertas. Qué gran sitio es el comedor, ¿eh? (Afirmando.)
- ELVIRA. El nuestro, por desgracia, no recuerda el de Eleogáballo.
- MAN. ¡Eleogáballo! un romano... sí... he oído decir que tenía buen estómago. Pero volviendo á los comedores, los de nuestros amigos tienen siempre un encanto difícil de explicar.
- FERN. Lo creo. (¡Y este hombre tiene casas!)
- MAN. Con que vamos... pero ¡ah! creo oír... sí, sí, es la voz de Laura... sube... no diga usted que estoy aquí... me impediría almorzar. Huyamos, Fernando.

ESCENA VIII.

ELVIRA, D. ESTEBAN, LAURA.

- LAURA. Venimos á decir á usted que todo está arreglado.
- ELVIRA. ¿El qué, amiga mia?
- LAURA. Esteban ha resuelto que sea pasado mañana.
- ESTEBAN. Permíteme, tú has sido la que lo has resuelto... yo opinaba que la boda de Maria debia retardarse algunos dias mas.
- LAURA. ¿Y para qué? Wenceslao es un partido brillante; nuestra pupila será riquísima. Ademas, hay cuidados tan... Maria es un ángel; pero cuanto antes declinemos nuestra responsabilidad en un marido, mejor será para ella.
- ELVIRA. ¿Y dice usted que pasado mañana...
- ESTEBAN. Asi parece.
- LAURA. Esteban, por Dios; cualquiera diria que te hago víctima de mis caprichos.
- ESTEBAN. ¡Tú! ¡qué locura!
- LAURA. Todo el mundo sabe que no tengo voluntad propia en mi casa.
- ELVIRA. Si, si; todo el mundo.
- LAURA. Soy muy desgraciada, Elvira.
- ESTEBAN. ¡Laura! (¡Qué podria decir yo, Dios mio!)
- LAURA. He sido una madre para esa niña: figúrese usted que hace dos dias que no descanso, salgo de una tienda para entrar en otra y todo por ella. La he comprado un *trousseau* magnífico. En fin, vá á ser muy feliz; ¡muy feliz!
- ELVIRA. Yo creo, sin embargo, que unos cuantos vestidos no basten á labrar la dicha de una jóven.
- LAURA. Como son tan exigentes ahora...
- ELVIRA. Yo he oido contar historias terribles...
- LAURA. ¡Terribles!...
- ELVIRA. Hace algunos años que tuve ocasion de tratar á una jóven huérfana tambien. Tenia un tutor como... don Esteban.
- ESTEBAN. ¿Cómo yo?
- ELVIRA. La huérfana estaba en un colegio.
- LAURA. Es singular.

- ELVIRA. Llegó una época en que el tutor intentó casarla...
- LAURA. ¿Con quién?
- ELVIRA. Con un necio.
- LAURA. ¡Qué infamia!
- ESTEBAN. En efecto...
- ELVIRA. Sin embargo, este necio tenía todas las apariencias de un hombre de talento, y el tutor no dudó un momento en realizar su proyecto. La pobre huérfana se opuso...
- ESTEBAN. Como era natural.
- LAURA. Si; pero alguna razón tendría...
- ELVIRA. Tenía dos: la primera, porque no podía soportar al hombre con quien querían unirla, la segunda, porque amaba á un jóven digno de poseer su mano.
- LAURA. ¿Y por qué no se explicó?
- ELVIRA. Porque comprendió que sus ruegos serian inútiles.
- LAURA. Hay cosas que horripilan.
- ESTEBAN. El tutor...
- ELVIRA. Hay tutores que olvidan la alta mision que se les ha confiado; pero volviendo á nuestra historia, cuando la colegiala comprendió que iba á ser víctima de un enlace desacertado... se afligió, lloró, y por último... tomó un gran partido.
- LAURA. ¿Se envenenó con fósforos?
- ELVIRA. Afortunadamente no llegó á tanto su desesperacion. Engañó á la directora del colegio con una carta supuesta y se evadió de su jaula.
- LAURA. ¡Cielos! Esa historia me ha puesto convulsa, como soy tan nerviosa...
- ELVIRA. Dejo á la consideracion de ustedes lo que diria el mundo al saber la evasion, los comentarios que se harian, la responsabilidad terrible que pesaria sobre el tutor.
- ESTEBAN. ¡Ya lo creo! por lo menos era un pobre hombre.
- ELVIRA. Eso es; un pobre hombre.
- LAURA. Pero nosotros no estamos en ese caso. Maria no ama á nadie.
- ELVIRA. ¿Á nadie?...
- LAURA. ¿Qué?
- ESTEBAN. ¿Sabe usted algo?
- ELVIRA. ¿Han consultado ustedes bien la inclinacion de Maria?
- LAURA. (Á D. Esteban.) Yo... tú...
- ESTEBAN. (Á Laura.) No, no; tú...
- ELVIRA. Pues yo sí; creo haber adivinado que ama á un jóven.

- á un primo de Fernando.
- ESTEBAN. ¡Es posible!
- ELVIRA. Por supuesto que es un hombre apreciableísimo, y poseedor de una fortuna considerable.
- ESTEBAN. ¿Por qué no hablarme entonces? ¿Qué mas podia yo apetecer que labrar la fortuna de Maria!...
- ELVIRA. Es indudable; pero la pobre niña no se ha atrevido... y eso que en su última carta...
- LAURA. Conque hay una carta... Dáme el frasquito de las sales, Esteban.
- ESTEBAN. ¿Te pones mala? ¿Y esa carta?...
- ELVIRA. Estaba redactada de un modo tan extraño...
- ESTEBAN. Me hace usted temblar.
- ELVIRA. En fin, no me sorprenderia que en un momento de arrebato...
- LAURA. (Fuera de sí.) ¡Ay! ¡Ay! no diga usted mas, presiento una desgracia... un rapto...
- ESTEBAN. Pero, Laura...
- ELVIRA. Escúcheme usted...
- LAURA. Corramos, Esteban, corramos... toma, toma tu sombrero.
- ELVIRA. Pero, señora.
- LAURA. No escucho nada. ¡Un rapto!

ESCENA IX.

DICHOS, FERNANDO, D. MANUEL.

- MAN. ¿Qué sucede?
- LAURA. (Apoderándose de D. Manuel, que tiene una servilleta atada al cuello.) ¡Ah! Don Manuel... el cielo le envia á usted, venga usted con nosotros, presiento una desgracia...
- MAN. Pero, señora, si estoy almorzando...
- ELVIRA. Tranquilícese usted: Maria...
- LAURA. Corramos, corramos...
- ESTEBAN. Te suplico...
- MAN. Si sombrero... la servilleta... señora...
- ELVIRA. Señora...
- LAURA. Un rapto. (Desaparece llevándose á D. Manuel y á D. Esteban)

ESCENA X.

FERNANDD, ELVIRA.

- ELVIRA. Debo detenerlos...
FERN. Te lo prohibo.
ELVIRA. Es que ignoras...
FERN. No quiero saber nada. Esa mujer es una furia, un terremoto. Su ejemplo te es funesto. Su aliento envenena el aire que respiramos.

ESCENA XI.

DICHOS, VENCESLAO.

- WENC. Cuánto me alegro encontrar á ustedes, vengo sofocado. (Se sienta.) Con permiso de usted, señora. (Á Fernando.) Con que cómo sigue usted, amigo mio.
FERN. Perfectamente. (¿Qué cambio es este?)
ELVIRA. (La noticia ha corrido.)
WENC. Pues señor, pasaba por aqui, y como le quiero tanto, he dicho: seria una injusticia no subir á verle.
FERN. Agradezco infinito...
ELVIRA. No esperabamos tener el gusto...
WENC. ¿Á que creia usted que no me acordaba de él ni de sus acciones?
FERN. Confieso...
ELVIRA. Yo al menos...
WENC. Añadirian ustedes tambien: ese hombre es un ingrato...
FERN. De ningún modo... Conque se ha acordado usted de mi papel. (Con ansiedad.)
WENC. (Con indiferencia.) Al pasar... como usted me lo ofreció con un ochenta por ciento de quebranto, he pensado que la pérdida es insignificante, y que debo comprarlo... Es decir, si sigue usted todavía...
FERN. Pues no he de sé...
ELVIRA. (Ap. á Fernando deteniéndole) Calla. (Alto.) En efecto, Fernando desea deshacerse de él, pero no con un ochenta por ciento de pérdida.
FERN. (Ap. á Elvira.) (¿Qué dices?...)
WENC. (Si sabrán algo.) ¿Lo dá usted al setenta?

- ELVIRA. Eso es muy poco.
- FERN. ¿Poco? (Ap. á Elvira.) ¿Qué haces, desgraciada?
- WENC. Comprendo; habrán ustedes oído algo.
- FERN. (Asombrado.) ¿Algo?
- ELVIRA. (Con intencion.) Sí, señor; algo.
- FERN. (¡Qué habremos oído!)
- WENC. Lo suponía; pero debo advertir á usted es que los agiotistas inventan toda especie de noticias inverosímiles para hacer sus operaciones de alza y baja, de modo que podrían ustedes muy bien ser por segunda vez víctimas de un enjuague de Bolsa.
- FERN. Es indudable, y creo que debemos...
- ELVIRA. Un momento. Es necesario que Wenceslao nos diga si está completamente seguro de la falsedad de las noticias que corren sobre la cuenca carbonífera, si tiene algun dato que desmienta...
- WENC. Lo que es seguridad... no, pero... (Tienen datos, la cuenca está en productos.)
- FERN. (Ap. á Elvira.) (¿Pero qué noticias corren? ¿Qué hay?)
- ELVIRA. (Ap. á Fernando.) (Déjame hacer.)
- WENC. En fin, estoy resuelto á comprar. Usted dió seis mil duros, y seis mil duros le entregaré, á la par. Creo que no se puede hacer mas por un amigo.
- FERN. Desde luego, desde luego; voy...
- ELVIRA. ¿Estás en tu juicio? no podemos ceder nuestro papel sin una prima.
- FERN. ¡Una prima!... (¡Mi mujer sabe lo que es una prima!)
- WENC. Señora... siento mucho, pero esa exigencia...
- ELVIRA. Bien, bien, lo que usted quiera, no tenemos ninguna prisa de vender.
- FERN. (Que no tenemos prisa de... quieres; arruinarme.) (Ap. á Elvira.)
- ELVIRA. (Ap. á Fernando.) (Quiero que aprendas á hacer negocios.)
- WENC. (Ap.) (No cabe duda. Estoy cogido entre sus redes... he vendido cuanto tenía... es necesario comprar á todo trance.)
- ELVIRA. Conque es cosa concluida.
- WENC. Si la prima no es muy grande...
- ELVIRA. Muy grande, muy grande... diré á usted... tenemos que calcular... ¿Me hace usted el favor de ¡su cartera?...)

- FERN. (Está visto, es un agente de bolsa.)
(Elvira toma la cartera de manos de Wenceslao, abre un secreter, saca una carta y se la entrega cuando lo indica el diálogo. Wenceslao se sienta en el sofá de la derecha, Elvira y Fernando alrededor del velador de la izquierda.)
- ELVIRA. Entre tanto que hacemos algunas cifras tenga usted la bondad de leer esta carta.
- FERN. Una carta, á ver...
- ELVIRA. Deja que se entere Wenceslao, nosotros no entendemos una palabra de estas cosas...
- WENC. ¡Qué veo! (Leyendo.) «Querido Luis: contesto inmediatamente á la pregunta que me haces, porque ocupado en explotar una mina que está próxima á la cuenca carbonífera estoy al corriente de todo lo que en esta ha pasado.»
- FERN. ¿Y por qué no me has dicho que habías tenido la prevision de preguntar...
- WENC. (Leyendo.) «El encargado de la explotacion se ha vendido á la sociedad de la Estrella.» (Declamando.) ¡Y yo que no sospechaba...
- ELVIRA. (Pidamos mas.)
- FERN. Si, si, que pague lo que me ha hecho sufrir.)
- WENC. (Leyendo.) «De modo que no tuvo inconveniente en escribir á Madrid que se habia dado con una via de paga el mismo dia que se encontró una capa de hulla de un metro, cincuenta centímetros.» (Declamando.) ¡Es posible! un metro, cincuenta... ¡Qué riqueza! Está claro, se han aprovechado de nuestro pánico para comprar por debajo de cuerda. ¡Miserable! pero aun es tiempo; compremos. (Á Elvira.) ¡Ha terminado usted?
- ELVIRA. Si, señor, y hemos resuelto no vender sin un beneficio de cincuenta por ciento.
- WENC. ¡De cincuenta!
- FERN. No admito un céntimo menos.
- WENC. Pero...
- FERN. Ni un céntimo.
- ELVIRA. Ya vé usted, una cuenca que está en productos.
- FERN. Y tan bien situada.
- ELVIRA. Y que es tan rica.
- WENC. Bien... los negocios tienen sus alternativas. Comprendo que un cincuenta es excesivo; pero no me arredro, venda el papel.

- ELVIRA. Poco á poco. Todavía tengo que pedir á usted otra cosa.
- WENC. ¡Todavía! (Esta mujer me hace temblar.)
- ELVIRA. No cederemos nuestra parte de la cuenca si antes no renuncia usted á la mano de Maria.
- FERN. Eso es.
- WENC. Pero, señora, quiere usted arruinarme! Dos primas de esa clase en un dia!
- ELVIRA. Usted sabe que esa pobre niña no le ama.
- WENC. Yo...
- ELVIRA. Solo conseguiria usted labrar su desgracia. Con que espero de su generosidad que rompa el compromiso que tiene con don Esteban.
- WENC. ¡Una dote tan pingüe!
- ELVIRA. ¡Una mina tan rica!
- WENC. ¡Quince mil duros!
- ELVIRA. ¡Un metro cincuenta!
- WENC. ¿Con que no hay transaccion?
- ELVIRA. Ninguna.
- WENC. Pero, señor don Fernando...
- ELVIRA. Mi marido es inflexible.
- FERN. Inflexible, caballero.
- WENC. En ese caso, renuncio...
- ELVIRA. ¿Á los carbones?
- WENC. No, á la mano de mi futura... Lo siento mucho; pero una capa de un metro cincuenta... No sabia que manejaba usted tan bien los negocios... estoy admirado... Dedíquese usted á la Bolsa.
- ELVIRA. Gracias: por ahora...
- WENC. Hace usted mal; tiene usted el genio de... de... Lo único que me aflige es decir á Laura que ya no me caso. Como tiene ese carácter...
- ELVIRA. ¡Oh! pues nada es mas fácil. Despues que concluya usted de arreglar el asunto de carbones con mi marido, puede usted escribir á don Esteban.
- WENC. Buena idea.
- FERN. Pasemos á mi despacho.
- WENC. Si, si, tengo mucha prisa... Señora... (Un metro cincuenta vale una dote.)

ESCENA XII.

ELVIRA.

¡Pobre don Wenceslao, quién le había de decir que una mujer le haría pasar tan pronto por las horcas caudinas! Estoy contentísima de mi primer negocio. ¡Oh! cuántos hombres de Bolsa me tendrían envidia. Pero con todo esto no pienso en mi pobre prisionera. ¡Cuán grande será su inquietud! Voy á decirla... (Deteniéndose.) Y Laura que corre desatinada... pero yo no tengo la culpa, no ha querido oirme: pronto volverá.

ESCENA XIII.

ELVIRA, LUIS.

- LUIS. He desobedecido tus órdenes, pero mi impaciencia era tal que...
- ELVIRA. No has debido venir todavía.
- LUIS. ¿Cómo está? ¿Has hablado con ella de mí? ¿Qué te ha dicho?
- ELVIRA. Todo sale á pedir de boca.]
- LUIS. Has contado á don Esteban...
- ELVIRA. Casi, casi...
- LUIS. Entonces ya puedo...
- ELVIRA. (Deteniéndole.) Suben, no quiero que te vean aun. Escóndete y aguarda.
- LUIS. Pero...
- ELVIRA. Vamos. (Luis entra precipitadamente por la segunda puerta lateral de la derecha.)

ESCENA XIV.

ELVIRA, D. MANUEL, mirando á un lado y á otro con aire misterioso.

- MAN. ¡Ah! (No está, pues el primito ha subido, lo ha visto el portero.)
- ELVIRA. ¿Qué ha sido de Laura?
- MAN. He podido escaparme en las cuatro calles, se chocaron dos omnibus y yo me aproveché de la confusion... Co-

- me no había concluido de almorzar! (¿Dónde estará?)
- ELVIRA. ¿Busca usted á Fernando?
- MAN. No señora... busco... á...
- ELVIRA. Á...
- MAN. ¿No ha subido un jóven...
- ELVIRA. No señor... yo...
- MAN. (Titubea, baja los ojos.)
- ELVIRA. (Qué servicial es este amigo de confianza.) Con que ha creído usted ver á un jóven...
- MAN. Juraría...
- ELVIRA. ¿Y eso le tiene á usted tan preocupado...
- MAN. Á mí precisamente...
- ELVIRA. ¡Jesus! qué cara, qué miradas, qué aire, se diría que es usted la sombra de Otelo, de Píramo, de Marco Antonio... já... já... representaría usted divinamente un papel de celoso...
- MAN. Yo, señora...
- ELVIRA. Solo le hace á usted falta una careta y un puñal... veneciano... ¡Oh! con la careta estaria usted delicioso... Já... já... já... Con su permiso de usted voy á ocuparme de... já... já... lo dicho, un Píramo. (Se marcha riendo.)

ESCENA XV.

D. MANUEL, despues FERNANDO.

- MAN. Y me llama Píramo... pero todo eso es para disimular... conozco el juego y sigo en mis trece. Aquí hay gato encerrado.
- FERN. (Muy contento.) Me alegro que haya usted vuelto. Soy el hombre mas feliz de la tierra.
- MAN. ¡Usted!
- FERN. ... Si señor; mi mujer es un ángel.
- MAN. (¡Qué maridos!)
- FERN. Nuestro activo acaba de tener una gran entrada.
- MAN. (Si, la del gato.)
- FERN. Tiene un talento maquiavélico para ciertos asuntos.
- MAN. (¡Vaya si lo tiene!)
- FERN. Figúrese usted que en vez de un quebranto hemos obtenido un gran beneficio.
- MAN. (Si él supiera...)

- FERN. ¡Qué prima!
- MAN. (¡Pues qué diría del primo!)
- FERN. ¿Por qué no se alegra, usted? ¿Está usted preocupado?
- MAN. No... yo...
- FERN. Comprendo; le aflige la solución que ha tenido el negocio para mí.
- MAN. Eso es; siento que...
- FERN. La carta lo ha hecho todo.
- MAN. Conque ha sorprendido usted una carta.
- FERN. Ella ha sido la que...
- MAN. Pues mire usted, no hubiera creído tanta audacia en una mujer.
- FERN. No, no; la carta la ha escrito él.
- MAN. ¡Él! si es capaz de todo.
- FERN. ¿Pero de qué me habla usted?
- MAN. ¿Y usted?
- FERN. De la cuenca carbonífera.
- MAN. ¡Ah! pues yo hablo de otra cosa, mas importante. Don Fernando, usted marcha sobre un precipicio. Esta casa está á punto de desplomarse.
- FERN. ¿Cómo! ¿la han denunciado?
- MAN. No es eso. Usted estaba ya libre de él, le había prohibido la entrada en su casa y esperaba que no tendría la audacia de volverse á presentar... pero asómbrese usted... el portero le ha visto... ha subido delante de mí... En fin, hay cosas que no deben contarse y...
- FERN. Hable usted por Dios.
- MAN. Nada, si es cosa del portero... por supuesto que ella reprueba su conducta.
- FERN. ¿Mi mujer?
- MAN. No vaya usted á sospechar... el primito es el que tiene la culpa.
- FERN. ¡Mi primo!
- MAN. Tal vez he cometido una indiscreción en contar... pero como le quiero tanto... y en casa de don Estaban pasan cosas... En fin, ya no digo mas.
- FERN. No, no, quiero que usted se explique... mi primo, Elvira... ¿qué hay?
- MAN. Pues señor... hay gato encerrado. Tome usted sus medidas, nada de alboroto, mucho tacto. Voy á concluir de almorzar. (No he podido ser mas prudente.)

ESCENA XVI.

FERNANDO, despues ELVIRA.

FERN. ¡Qué quiere decir este hombre! Las visitas de Luis... la desaparición de Elvira de casa de don Esteban... pero no, esto es imposible... sin embargo, mas de una vez he observado en mi primo... Él mismo me habló de una pasión desgraciada... (Se oye ruido en la segunda habitación lateral derecha: Elvira sale y observa á Fernando.) ¡Ah! qué ruido es ese?... nadie suele entrar en esta habitación... ¡Oh! es él... está ahí... se oculta. Yo haré que me explique...

ELVIRA. (Poniéndose delante de él.) No entres.

FERN. ¡Con que es cierto! Tu palidez me lo dice todo. Aparta.

ELVIRA. No, no; yo te explicaré. Un susto podria serle funesto. Ademas oigo ruido.

LAURA. (Fuera.) Está aquí, está aquí.

ELVIRA. Por Dios, que no crean... espera...

FERN. ¿Qué me importa? quiero un escándalo horrible. (Entra precipitadamente en el cuarto y saca á Maria de la mano, en el momento que entran por el foro D. Esteban y Laura. Maria intenta arrodillarse delante de D. Esteban y Fernando delante de Elvira.)

ESCENA XVII.

D. ESTEBAN, FERNANDO, LAURA, ELVIRA, MARIA.

FERN. ¡Cómo!! ¿Maria aquí?

MARIA. Laura... don Esteban... perdon...

LAURA. No tienes la culpa, sino esta señora, que no me dice que te ha sacado del colegio y que te guarda en su casa.

ELVIRA. Recuerde usted que no me ha dado tiempo de explicar...

FERN. En efecto, el pánico nos ha hecho perder á todos la cabeza... (No me perdonaré nunca haber osado dudar de tí.)

ESTEBAN. Afortunadamente no hay nada perdido: prometí á tu padre hacerte dichosa, y no vacilaré un momento en entregar tu mano al hombre á quien amas.

- LAURA. Pues yo me moriré del susto de hoy si no me llevas a momento á los baños de Carratraca, de Panticosa y de Arechavaleta. ¿Qué vamos á decir ahora á Wenceslao?
- ELVIRA. Wenceslao renuncia á la mano de mi prima por una capa de hulla de un metro cincuenta.
- LAURA. ¡Qué calumnia!
- FERN. Esta carta no deja ninguna duda. (Entrega una carta á D. Esteban.)
- LAURA. Á ver.
- MARIA. Á ver.
- FERN. ¿Y con quién se casa ahora nuestra prima?
- ELVIRA. Con un terrible fantasma, que ha turbado tu sueño durante dos meses, y que te ha hecho dudar del profundo cariño de tu esposa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. MANUEL, LUIS debatiéndose.

- MAN. Aquí está el culpable.
- FERN. ¡Mi primo!
- MAN. Le he cortado la retirada.
- ELVIRA. Y ha hecho usted muy bien, porque Maria le espera con impaciencia para ofrecerle su mano... Vamos, no temas, hombre, abraza á don Esteban.
- ESTEBAN. ¿Por qué no explicarse á tiempo... mala cabeza. (Tendiéndole los brazos.)
- MAN. ¿Conque era á ella?... Yo bien decia que habia algo.
- ESTEBAN. La boda tendrá lugar dentro de cuatro días; esperamos que no nos abandonarán ustedes.
- MAN. (Con arie importante.) Yo iré á comer.
- LAURA. (Á Maria.) Yo haré el sacrificio de bailar los lanceros con tu marido.
- ELVIRA. Y nosotros... (Mirando con timidez á Fernando.)
- FERN. Nosotros asistiremos tambien; pero abandonaremos despues la córte por algun tiempo.
- ESTEBAN. ¡Cómo! ¿y los grandes negocios?
- ELVIRA. ¿Y las grandes reuniones?...
- FERN. Confieso que los negocios y el brillo del mundo me deslumbraron un día de tal modo, que me hicieron el mas desgraciado de los hombres. Quise cambiar de

posicion y estuve á punto de perder la que antes tenía, de modo...

ELVIRA. De modo que hoy vuelve á su hogar convencido de que *El arte de ser feliz*, consiste en no despreciar los bienes que poseemos, por correr en pos de una fortuna desconocida.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 17 de Mayo de 1862.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

la posición y estuve á punto de perder la que antes tenía.
El modo que hoy vuelve á ser mejor convenido de los
dos es el de ser libre, consiste en no despreciar los
nos que hacemos, por correr en los de una fortuna
desconocida.

FIN DE LA COMEDIA.

FIN DE LA COMEDIA.

El presente examen no ha sido examinado esta comedia; no halla inconveniente en que se represente sea autorizada.
Madrid 17 de Mayo de 1882.

El conser de teatro.

Antonio Tasso en Rio.

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á río revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquis-
ta de Ronda.

¿Que convido al Coronel?...
¿Quien mucho abarca.
¿Qué suerte la mía!
¿Quien es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvo el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patrón de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómíne como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza jeal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Fíberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitánica.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Un hombre fino.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un Regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas loco.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cédro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Centa y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja (*Música*)
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diabólico.

Juan Lanas. (*Música*.)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnilus.

Las bodas de Juanita. (*Música*.)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encaulada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Mateo.
Moreto. (*Música*.)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered. de Andrión
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruero.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejada.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.